



| PRECIOS DE SUSCRICIÓN | |
|-----------------------|---------------|
| MADRID Y PROVINCIAS | |
| Tres meses..... | 16 rs. |
| Seis meses..... | 30 » |
| Un año..... | 60 » |
| CUBA Y PUERTO-RICO | |
| Seis meses..... | 2 1/2 ps. fs. |
| Un año..... | 4 » |

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

| PRECIOS DE SUSCRICIÓN | |
|-----------------------|---------------|
| EXTRANJERO | |
| Seis meses..... | 11 fr. |
| Un año..... | 21 » |
| FILIPINAS Y AMÉRICA | |
| Seis meses..... | 3 1/2 ps. fs. |
| Un año..... | 6 » |

ÉPOCA 4.^a — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 27 — Madrid 25 de Septiembre de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por R. — *Los grabados*. — *Nuestra Señora de las Mercedes* (conclusión), por D. B. P. — *La expresión de la música*, por Fr. Eustoquio de Uriarte. — *De la antigüedad del mundo y de la antigüedad del hombre*. — *Estudios históricos*, por D. V. de la F. — *Si yo tuviera madre...* (continuación), por Fr. Conrado Muñoz Sáenz. — *Procedimiento para combatir el miltán*. — *Conocimientos útiles*.
GRABADOS. — *Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Ciriaco Sancha*, Obispo de Madrid-Alcalá. — *En acecho*. — *La esposa del pescador*. — *Gran seminario de Nuestra Señora de los Angeles*, junto á Nueva York.

LA DECENA

Los crímenes se suceden y no se parecen. Si no estuviéramos curados de espanto en esta materia, diría que asusta la lectura de los periódicos, así de Madrid como de provincias, en lo concerniente á la crónica criminal.

Es una regla de comercio que la concurrencia abarata los productos y perfecciona las manufacturas.

Otro tanto sucede respecto de los delitos: cuando abundan, como está ocurriendo estos días, sólo se cotizan en el mercado de la vindicta pública los más granados; los otros, los de pacotilla, digámoslo así, pasan casi desapercibidos por el sangriento cosmorama de la publicidad.

Un robo, aunque sea con escalamiento y fractura y represente algunos miles de pesetas; una simple puñalada por sorpresa, ó un tiro de revólver por la espalda; una riña por cualquier motivo, aunque de ella resulten dos ó tres heridos ó contusos; un desafío á navaja, á no ser que queden muertos sobre el terreno ambos contendientes, nada de esto interesa ya ni conmueve á la multitud.

Tales manjares resultan insípidos y deslabazados en el festín de ese monstruo que se llama *opinión pública*, y cuyo paladar está habituado á alimentos más fuertes y á salsas más excitantes.

Dos maridos que asesinan á sus mujeres y luego vuelven contra sí propios el arma parricida y caen espirantes al lado de sus respectivas víctimas; un cartucho de dinamita colocado en la ventana de la casa de un alcalde por una mano criminal que no tiembla ante la idea de la multiplicidad de desgracias que puede ocasionar tan feroz atentado; un hermano que quiere emular la triste fama de Caín y asesina á su hermano, si no por envidia de su virtud, por envidia de su dinero; una madre (por equivocación sin duda de la naturaleza) que mata y descuartiza á su hijo; un padre, ciego de ira, que al pretender corregir las faltas de su hijo, niño

de pocos años, lanza contra él el primer objeto que encuentra á mano y le hiere de muerte, y le ve espirar á sus pies, y aterrado de su propia obra, se retuerce de desesperación y daría con gusto su vida por devolvérsela á la desgraciada criatura...

Esto ya es algo y merece los honores de la gaceta; esto acusa ya una alta temperatura en el termómetro de la criminalidad; con esta masa ya se pueden hacer ricos pasteles en el horno de la prensa periódica para halagar el apetito del público, insaciable de emociones.

* *

Con esta recrudescencia en la criminalidad ha coincidido el solemne acto de apertura de los tribunales en el periodo de 1886 á 1887. El presidente del Tribunal Supremo, Sr. Alonso Colmenares, pronunció con tal motivo un discurso encaminado principalmente á señalar los deberes morales de los encargados de administrar justicia, quienes no deben limitarse al estricto cumplimiento de las altas funciones que les están encomendadas y á salvar su responsabilidad personal, sino que es indispensable



EXCMO. É ILMO. SEÑOR DOCTOR DON CIRIACO SANCHA,
Obispo de Madrid-Alcalá.

que hagan resplandecer, amar y respetar la institución judicial por la práctica constante y sincera de la virtud en todos los actos de su vida privada.

Sobre esta tesis giró el notable discurso del señor Alonso Colmenares, salpicado de elevados conceptos y profundos pensamientos, y sentando como axioma incontrovertible que sin la justicia no son posibles ni el orden, ni la libertad, ni el progreso, ni la cultura, ni la sociedad misma.

Inculcó la idea de que, siendo la justicia humana naturalmente imperfecta, es preciso inspirarse en la justicia divina, que es perfectísima y eterna.

Como no es mi propósito, ni sería de este lugar, analizar el discurso del presidente del Tribunal Supremo, aquí hago punto para decir dos palabras de la Memoria que, según está prescrito, ha elevado al Gobierno el fiscal del ya citado Tribunal Supremo, correspondiente al año judicial que acaba de espirar.

De la lectura de este documento se infiere que la administración de justicia no es lo que debería ser; que se hacen necesarias grandes reformas para mejorarla; que hay que robustecer la acción del Ministerio Fiscal cerca del juez instructor; que el número de sobreseimientos es excesivo, aunque no tanto como se ha querido suponer; que deben establecerse tribunales correccionales para conocer de los hechos de poca importancia que hoy pesan sobre las audiencias; que las cárceles de audiencia tienen, por punto general, una organización pésima y desmoralizadora para los detenidos; que se hace necesaria la creación de una policía judicial hábil, sagaz y discreta; que debe separarse en los Juzgados el conocimiento de los asuntos civiles del de los criminales, y otras muchas y muy atinadas observaciones, que es de esperar sean tomadas en cuenta para mejorar y dignificar la administración de justicia...

* *

Pero, dejemos estas puerilidades que á nadie interesan en nuestro país, y hablemos de asuntos de más miga y más encarnados en nuestras costumbres públicas y privadas.

Se ha verificado (y por cierto con bastante más concurrencia que la apertura de tribunales) la segunda corrida de las llamadas de *Beneficencia*. Porque bueno es consignar, por si alguien lo ignora, que este año se ha roto con la tradición, dándose dos corridas, en vez de una, como era uso y costumbre. Es un adelanto que venía reclamado por las exigencias de la época. La beneficencia provincial estaba *corrida* y avergonzada, al ver que sólo ella permanecía estacionaria en medio del movimiento vertiginoso que se ha apoderado de nuestra sociedad.

Era, en efecto, incomprensible este *statu quo*, y hasta podía parecer un conato vergonzante de protesta contra el

progreso que invade todas las esferas... Y no aludo á la del reloj de la casa de Villa, que está en eclipse parcial hace muchas noches.

Si todo tiende á ensanchar su órbita y á extender su influencia de algunos años á esta parte; si ha aumentado el censo de población; si ha aumentado el número de cafés y de teatros; si han aumentado los tranvías hasta hacer intransitable la Puerta del Sol; si ha aumentando la mendicidad en las calles más principales de la Corte; si han aumentado los impuestos y gabelas; si ha aumentado considerablemente la cifra de establecimientos industriales que están cerrados, no sólo en los días festivos, sino en todos los días del año; si han aumentado los suicidios y los malos cigarros; si ha aumentado el lujo, en la misma proporción que la miseria; si han aumentado el precio de los comestibles y las propiedades tóxicas de los bebestibles; si ha aumentado el número de papeles impresos por las calles y de papeles blancos en los balcones; si todo va en aumento en la mejor de las capitales del *limite posible*, ¿podría dignamente la Beneficencia provincial quedarse en sus ocho toros por temporada?

No por cierto: esto habría sido equipararse (perdonenme la comparación) á los perros con bozal, únicos seres animados que viven hoy como hace cien años.

Por eso yo aplaudo el pensamiento de la Diputación provincial de Madrid de duplicar por ahora (sin perjuicio de triplicar y cuadruplicar en lo sucesivo) las corridas de beneficencia.

La del domingo dió un lleno completo á la plaza, un ingreso soberbio al tesoro provincial, 19 batatacos á los picadores, 31 cadáveres al arrastradero... Y no hubo que lamentar desgracias personales, lo cual habla muy alto en favor de los toros, que han sabido cumplir su misión de *beneficencia*.

Veo que algunos periódicos toman acta de las frecuentes desgracias y descarrilamientos que ocurren en nuestras vías férreas y de los también frecuentes retrasos que sufren los trenes en su marcha.

Comprendo que se lamenten de una de las dos cosas, pero no de ambas. Si los trenes descarrilan y atropellan en el trayecto, claro está que han de llegar con retraso á su destino: por fuerza han de perder todo el tiempo que gastan en atropellar ó en descarrilar.

También me he enterado por los periódicos de una economía que ha hecho el Ayuntamiento de Madrid.

No vayan ustedes á figurarse que esta economía consiste en suprimir gastos superfluos, como por ejemplo los que se están haciendo en el Retiro, que estarían en su lugar cuando los más importantes servicios municipales se vieran debidamente atendidos.

Se trata de la supresión de las campanadas en casos de incendio, cuya medida parece se funda en que la instalación de teléfonos y la buena distribución del material y personal de incendios hacen innecesario el toque de alarma para prevenir á las autoridades y á los encargados de combatir esta clase de siniestros.

Yo no tendría inconveniente en repicar un par de aplausos al Ayuntamiento de Madrid si me demostrase que tal medida puede producir algún beneficio práctico para el vecindario ó para el Municipio.

Comprendo que, por las razones arriba expuestas, no sea ya necesario ni siquiera útil para acudir al lugar del incendio el toque á fuego en las parroquias de la capital; pero juzgo que es de conveniencia para la generalidad de las gentes. Porque puede muy bien darse el caso de que una familia salga una tarde de paseo, y después de tres ó cuatro horas regrese á su domicilio y se encuentre con que ha desaparecido éste presa de las llamas, sin saber los perjudicados una palabra. Hasta aquí era muy difícil que esto ocurriese, porque las campanas indicaban, si no el lugar preciso del fuego, el barrio donde estallaba, y así las personas que tenían casa, parientes ó amigos en aquella zona, se apresuraban á acudir cuando oían las campanadas de alarma.

Por otra parte, y sin negar las positivas ventajas del teléfono, hay que tener en cuenta que está sujeto á deterioros y contratiempos que, en un momento dado, pueden hacer ineficaces sus funciones, lo cual no sucede con las campanas.

Todavía confío en que nuestro Ayuntamiento volverá sobre su acuerdo y reintegrará á las campanas en el ejercicio de uno de sus más importantes derechos.

Lo que fuere sonará.

Estamos en plena feria.

Si no registrase aquí esta noticia, es casi seguro que no llegarían á saberla mis lectores: tan escaso es el interés que despierta en el público un acontecimiento que en cualquier otra población se anuncia con gran estrépito y es ocasión de fiestas y regocijos.

Las ferias de Madrid no pueden ofrecer interés ni aliciente alguno: aquí estamos en feria todo el año.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL

DECIDIDAMENTE Rusia sale de las ambigüedades de la diplomacia para dejar oír á la infeliz Bulgaria los acentos robustos de una ambición largo tiempo mantenida y sólo al brillo de un relámpago descubierta. Allí entre las espesas brumas del Norte, en el país de las plácidas baladas, se oye el rugido de un furioso vendaval que trae hasta nosotros tristes ecos y clamores de guerra; y allá, en opuesto extremo, en el país que envuelve el humo de sus innumerables fábricas, un febril movimiento agita las poblaciones y se trasmite á los mares. Recorrí la Europa de Oriente á Occidente una nube que presagia gran tempestad en una extensa zona. La Europa contempla con vivísimo anhelo el rumbo que lleva y los pueblos que la ven sobre su cabeza; con grandísimo temor procuran desvanecerla, pero un estímulo poderoso les impulsa y ciega.

Invadir la Bulgaria, llegar á Constantinopla precipitando en el Asia á los turcos que se asientan en la antigua Bizancio, raza que ha pulverizado los restos del esplendor helénico haciendo ejercicios de cañón ante los arcos delicados de la escultura griega, y llegando á Constantinopla hacer del Bósforo el centro del poder marítimo del panslavismo, uniendo al inmenso poder terrestre que hoy tiene el gran poder marítimo que adquiriría: este es el soñado ideal del pueblo ruso, que viviendo bajo el despotismo más duro empuja con potente brío al autócrata que le manda hasta ver realizada su ambición, y éste no puede detenerse, pues siente dentro de sí una fuerza que le arrastra á derribar de la cúpula de Santa Sofía la media luna musulmana.

Desde el Bósforo al canal de Suez no hay mucha distancia, y una vez allí Rusia, la esperanza de recobrar el Imperio de la India estaría ya perdida para Inglaterra. De aquí el grandísimo interés de esta última nación en oponerse á los planes de engrandecimiento de Rusia, y de aquí su prodigioso trabajo de mantenimiento de Turquía; que por lo demás, también Inglaterra ansia, como todo pueblo cristiano, ver el lábaro de Constantino ondear en Santa Sofía.

Pero la cuestión de Oriente es múltiple en sus fases, y todas ellas amenazan constantemente la tranquilidad de Europa. Austria, unida inmediatamente á las pequeñas nacionalidades, cuyos destinos hoy tanto preocupan, se conmueve al más leve vaivén de la política europea en la llamada organización de los Balcanes, íntimamente relacionada con la de los límites de su territorio. Este Imperio, grande y poderoso, á pesar de sus pasadas desventajas, es indispensable factor para el equilibrio de Europa y marcha de la civilización, pues á su contacto se van civilizando los pueblos semiincultos que á su lado vegetan, y su peso, cual la espada de Breno, puede inclinar la balanza del lado de la barbarie.

Bulgaria está gobernada por una regencia instituida por el príncipe Alejandro al dejar su trono. Tres regentes la gobiernan, Stambouloff, Montkoff y Karaveloff. Días pasados abrió la Asamblea búlgara que ha de elegir sucesor del príncipe Alejandro, y antes de procederse á la elección de la mesa, un diputado levantóse y dijo: «Nuestro primer pensamiento debe ser por el príncipe ausente», palabras acogidas con grandes aplausos. Se calcula que hasta dentro de un mes, la Asamblea no podrá tomar acuerdo definitivo sobre cuál ha de ser el soberano, pues antes tiene que resolver varios asuntos de procedimiento.

Entretanto las negociaciones entre las potencias para designar el candidato se entablan, siendo ocasión de serios disgustos. Parece que el candidato de Inglaterra es Waldemar, de Dinamarca, y el de Rusia Alejandro de Oldemburgo.

La Asamblea ha votado un mensaje dirigido al Czar con protestas de la mayor adhesión, confiando en que Rusia favorecerá la unión é independencia del principado. Las noticias que se reciben de San Petersburgo están conformes en que Rusia no trata por ahora de intervenir militarmente en Bulgaria y, en efecto, algo de esto ha debido exigir el canciller de hierro, el príncipe de Bismarck, ya que consin-

tió la abdicación de Alejandro. Para la designación de candidato al trono de Bulgaria, creen los hombres políticos que se contará con el beneplácito de Alemania y Austria.

La designación tropieza con serias dificultades, porque oponiéndose el tratado de Berlín á un príncipe ruso, el Gobierno de San Petersburgo no quiere ningún alemán ni siquiera un príncipe católico. Austria y Servia pondrían el veto á la elección de Karageorgewitch, de la dinastía de Servia destronada. Por lo tanto, la interinidad se cree que ha de durar bastante tiempo en Bulgaria, y se dice que Rusia ha propuesto á Turquía el nombramiento de dos comisarios de toda su confianza para gobernar provisionalmente á Bulgaria, sin contar para nada con las demás naciones.

Inglaterra por su parte aún espera que la asamblea búlgara dé una muestra de independencia sobreponiéndose á la voluntad del Czar y reeligiendo á su antiguo soberano. Por de pronto, Inglaterra está haciendo grandes aprestos que indican que no tiene muchas seguridades de que se realicen sus deseos por vías más pacíficas. Lo cierto es que se aboga por una alianza entre Inglaterra y Francia para que se unan á ella España, Italia y Portugal como contrapeso á la alianza de Rusia, Alemania y Austria. Según las últimas noticias, Inglaterra tiene intentos de apoderarse de varias islas desiertas que ocupan una situación estratégica en los Dardanelos, por más que tanto la ocupación de las Lavios como de la de Thazos, ha sido negada oficialmente en la Cámara de los Comunes.

La contestación de Alemania á la última nota de Turquía se felicita de las buenas disposiciones de la Puerta para no ocupar militarmente la Bulgaria, como tampoco lo hará ninguna otra nación, según cree.

El órgano de Bismarck en la prensa, por otra parte, declara que el Czar debe considerar como un deber y una obligación contribuir al sostenimiento de la unidad alemana aun en interés del pueblo ruso.

Ocupándose luego de Austria, dice que la opinión pública de este Imperio se mostraría descontenta de Alemania si el Gobierno de Berlín perdiese de vista la necesidad de tener la balanza en el fiel entre sus dos aliados y si hiciera á Rusia concesiones ulteriores en la cuestión de los Balcanes.

Abierto ya el Parlamento alemán, se dice en el discurso del trono que ha sido convocado para el examen del tratado de comercio con España, y se guarda silencio sobre la política extranjera, con objeto de evitar toda discusión sobre ella.

Los periódicos austriacos publican los detalles de las entusiastas ovaciones de que ha sido objeto el príncipe Alejandro en todas las estaciones de Austria donde se ha detenido el tren que le conducía.

También dan pormenores de los últimos actos del príncipe al abandonar el suelo de su patria.

Al despedirse de los oficiales de la guarnición de Widin, dijo que Rusia le sacrificaba creyéndole causa de los conflictos ocurridos en Bulgaria. «Rusia, añadió, reconocerá que se ha engañado, y tal vez más tarde ella misma me llamará para que ocupe de nuevo el trono de Bulgaria. En todo caso, si la patria está en peligro, yo volveré como simple particular. Entretanto, os recomiendo que obedecáis la regencia.»

Estas palabras fueron contestadas por Stambouloff, quien dió las gracias al pueblo y al ejército por haberse unido á él para salvar el honor nacional.

Añadió que al verse privada desgraciadamente Bulgaria del príncipe Alejandro, es preciso sostener la regencia para evitar desórdenes, que producirían fatalmente una ocupación extranjera.

«Agradecemos al príncipe, prosiguió, el ejemplo de abnegación que nos ha dado. Sabemos que podemos contar con él si nuevos peligros amenazaran á la patria.»

También en Sofía hubo manifestaciones favorables al príncipe Alejandro, pero se advierte la tendencia de marchar de acuerdo con Rusia. La alianza de la Puerta con Rusia, por más que parezca absurda, se dice que es cierta, y que los aprestos de Inglaterra no tienen por objeto la guerra contra Rusia, sino que eran para la anexión definitiva de Chipre al Imperio británico y la ocupación inmediata de la isla de Creta. Ignoramos el fundamento que pueda tener esta noticia.

Por último, el príncipe Alejandro llegó á Darmstadt, donde se encuentra su familia.

La comisión de presupuestos en Francia, ha reducido la asignación del clero, asunto que ha de dar lugar á borrascosos debates en las Cámaras.

Cuando éstas se abran, es opinión que habrá un

cambio ministerial y saldrá el ministro de Hacienda y algún otro. El presidente del Consejo trata de hacer un viaje á Burdeos, Tolosa y Montpellier, para la unión y concordia del partido republicano, pues los ataques de los monárquicos han introducido gran desconcierto en las filas.

En cuanto al viaje del general Boulanger, que según dijo un periódico, causando general asombro, tiene por objeto resolver la cuestión social por medio de la guerra, tratan los ministeriales de quitarle importancia.

Mr. Aguardi que fué designado por el Papa para representar á la Santa Sede en Pekín, ha manifestado que, según sus noticias, el Vaticano tiene el propósito de marchar de completo acuerdo con Francia en la cuestión de China, acuerdo que favorece los intereses del Catolicismo en el extremo Oriente.

El objeto principal del Congreso para la protección de los intereses alemanes en Ultramar, es formar en Alemania un partido fuerte y poderoso dispuesto á sostener y desarrollar la política colonial inaugurada por el príncipe de Bismarck.

Los principales acuerdos del Congreso serán:

- 1.º Medios prácticos para dar impulso á la colonización.
- 2.º Facilitar la emigración germánica á las colonias alemanas.
- 3.º Facilitar las exploraciones.
- Y 4.º Contribuir á que la lengua y las costumbres alemanas se conserven en las colonias que se vayan estableciendo.

Un periódico francés publica un despacho de Londres en que se dice que Inglaterra prepara un golpe de mano respecto al Egipto, para cuando hayan llegado á Alejandría las tropas inglesas de refuerzo. El Parlamento inglés se ocupa en demostrar la conveniencia y ventajas de la ocupación de Egipto para este país.

Terminaremos esta crónica con la siguiente noticia, de otra índole más agradable.

Se asegura que se trata del matrimonio del infante D. Alfonso, duque de Oporto, hijo segundo de los reyes de Portugal, con la princesa Enriqueta, hija del conde de Flandes.

El duque de Oporto tiene veintidós años, y la princesa Enriqueta dieciséis.

R.

LOS GRABADOS

EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. CIRIACO SANCHA
Obispo de Madrid-Alcalá.

(Véase la biografía en el artículo relativo á su entrada en Madrid, publicado en el número anterior.)

EN ACECHO.

(Acuarela de E. Girard.)

Es otro cuadro del artista que celebramos en el número anterior por su especialidad en pintar escenas de la vida de los pájaros. En este, primorosamente reproducido por el fotograbado, admírase la expresión del pájaro, que agarrado á la rama de un árbol acecha con ansia terrible el instante de lanzarse sobre el pobre abejaruco que liba el jugo de una hoja. En la actitud, en el encrespamiento de las alas, en la mirada ansiosa, revela el pájaro cazador todas las pasiones de un saltador aguerrido; así como el infeliz insecto parece ofrecerse sobre la hoja como la presa más adecuada á la intrepidez de su verdugo. La escena es un poema y el lugar de la acción el más precioso teatro de tales hazas.

La acuarela original se ha vendido en diez mil francos

LA ESPOSA DEL PESCADOR.

(Cuadro de J. Salles, premiado en la última Exposición de Nápoles.)

La escena, cuya sencillez salta á la vista, se representa en la bahía de Nápoles. La esposa de un pescador, alarmada por los barruntos de un temporal, sale á la orilla del mar, y agarrada á un árbol hace señales con un pañuelo á las barcas pescadoras para que regresen al puerto antes de que se desencadene la tempestad. Las olas, cada vez más fuertes, vienen á estrellarse á sus plantas y las barquillas ostentan sus blancas velas desplegadas al viento, ganosas de arribar á la playa. La figura de la pescadora napolitana está hábil y acertadamente reproducida: bien se advierte que está copiada del natural.

La escena, en medio de su sencillez, es una preciosa página del libro de las familias; es la expresión viva y animada de los sentimientos más dulces del hogar doméstico. El cuadro ha merecido alabanzas porque interpreta, por su lado más noble y hermoso, la vida de los pescadores, continuamente sometida á las vicisitudes de las olas.

GRAN SEMINARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES JUNTO
Á NUEVA YORK, RECIENTEMENTE TERMINADO.

Hace cinco años que dimos á conocer este grandioso monumento de la cultura católica en los Estados Unidos, que hoy, gracias á Dios, se halla completamente terminado y mejorado en grande escala. Pertenece á los Padres Paules, los cuales llegaron á los Estados Unidos en 1810 y fundaron el primer seminario en San Luis. En 1856 levantaron otro en Buffalo, el cual fué trasladado más tarde á las orillas del Niágara en el Estado de Nueva York. Incendiado en 1864, ha renacido de sus cenizas con mayor esplendor y es el que representa nuestro grabado. En la actualidad se halla ocupado por cerca de 500 estudiantes de diversas naciones. Es el primer plantel, por el número y la fecundidad, de los colegios católicos de los Estados Unidos.

Aunque hace cinco años publicamos una vista de tan grandioso monumento, lo reproducimos hoy en que por fortuna se halla terminado.

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

(Conclusión).

VI



ALGUNOS conventos con sus iglesias lograron salvarse en la fatídica noche del 25 del mes y año citados, de la voracidad de las llamas, gracias en parte á los esfuerzos de los vecinos, si bien sufrieron notable deterioro. Cuéntase en ese número el de los mercenarios, que casi puede decirse fué el que menos sufrió. Hoy día se halla la morada de los religiosos completamente transformada, sirviendo de palacio á los señores capitanes generales de nuestro Principado: el templo anejo á él se conserva con gran esmero, siendo uno de los más notables que encierra Barcelona.

Colocó la primera piedra de ese templo en 25 de Abril de 1765, el Excmo. Sr. Marqués de la Mina siendo capitán general de Cataluña, en representación de S. M. el rey de España D. Carlos III que se declaró protector de la obra. Quedó terminado en 1774, y un año después se trasladó procesionalmente y con grandes festejos el augustísimo Sacramento del altar.

Consta de una sola nave de regular mérito artístico, teniendo cierto majestuoso aspecto é imponente belleza. Tiene la figura de una cruz, y la cúpula que en forma de media naranja hay en el crucero es esbelta, siendo asimismo bastante caprichosos los follajes que adornan las tribunas que corren á lo largo de una y otra parte de la iglesia, dando las de la derecha á la capitanía general y las de la izquierda al órgano y al archivo de la parroquia. El altar mayor de mármol de varios colores y maderas ricamente doradas, las dos colosales estatuas que hay á ambos lados del sagrario, la una de S. Pedro Nolasco y la otra de Santa María de Cervelló¹, contribuyen á dar al templo el bello conjunto y buen efecto que hemos dicho presentaba. El frontis de piedra de sillería forma un cuerpo algo avanzado con un portal pequeño á cada uno de los dos semicirculos opuestos que lo adelantan y otro mayor al medio de ellos. Un grande óvalo rodeado de ramajes labrados á la misma piedra y que parece le sirven de marco deja penetrar al templo la luz que amortiguan sus opacos cristales, y remata la fachada una regular cruz al vértice superior de un triángulo isós-

¹ Santa María de Cervelló ó del Socors, como vulgarmente se la llama en Cataluña por los socorros que la tradición presta á los navegantes, era hija única de D. Bernardo Guillén de Cervelló, descendiente de uno de los célebres nueve varones de la fama que junto con Uger Catalan comenzaron la reconquista de Cataluña en 754. Nació en Barcelona en 1230 y á medida que iba creciendo distinguíase por su amor á los pobres y á la religión católica. De sin par hermosura, de notable talento é inmensas riquezas, vivió ya desde muy joven sollicitada su mano por galantes y nobles caballeros que le juraban amor eterno. A pesar de eso y de las brillantes posiciones con que le brindaban también sus padres, proporcionándole diversos enlaces, nuestra bella barcelonesa jamás torció la resolución que ya había tomado de guardar perpetua castidad. A fin de no ser de continuo molestada sobre aquel particular, cortóse un día los cabellos, y vestida de una tosca saya de paño presentóse á sus padres, quienes al verla así y saber su resolución y no sabiendo qué escoger entre forzar la voluntad de su hija ó dejarla que se cumplieran sus deseos, mandaron llamar á fray Bernardo de Corbera, sabio varón que había vestido el hábito mercenario el mismo día de fundarse la Orden, según hemos ya visto. Este les aconsejó la vistiesen de beata de Nuestra Señora de las Mercedes, acto que se celebró con gran pompa y solemnidad en el convento de dicha religión. Quince años permaneció así enjugando las lágrimas de los pobres y socorriendo á los cautivos que llegaban á las playas catalanas. Resuelto en 1265 en capítulo celebrado por la Orden recibir mujeres en la misma, profesó solemnemente en 25 de Marzo del propio año junto con otras distinguidas señoras amigas suyas, quedando con este acto fundado el instituto de religiosas de Nuestra Señora de las Mercedes, dedicado en aquel entonces á recoger limosnas y á aliviar las necesidades de los pobres cautivos que, enfermos ó no teniendo un bocado de pan con que sostenerse ó viéndose en la ancianidad, sin casa ni hogar donde acabar sus días, no sabían dónde acudir que cristianamente les cuidasen y protegiesen, viniendo á ser de esta manera el cumplimiento de la caritativa obra que comenzaban los Padres de la Redención. Hoy día se ocupan con gran celo al igual que las de las Ordenes de señoritas Religiosas, en la enseñanza y educación de las niñas de la clase obrera y jornalera.

Santa María de Cervelló entregó su alma al Criador el 19 de Setiembre de 1290, y sus restos son hoy día venerados en un sepulcro de plata dentro de otro de mármol negro en la capilla que á sus expensas hizo fabricar D. Guillén de Moncada y Cervelló, pariente de la Santa, en el crucero de la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes de ésta, donde se venera también su santa imagen.

celes, en los extremos de cuya base dos grandes jarrones con flameros contribuyen á dar realce á esta linda fachada.

En el mismo sitio donde hoy se levanta esta iglesia fué donde San Pedro Nolasco construyó en 1233 el hospital de Santa Eulalia, cuyo terreno le fué cedido por D. Ramón de Plegamans. Más tarde, deseando el propio Santo y demás compañeros suyos apartarse del centro de la ciudad y del bullicio de palacio, se retiraron de él, pasando á ocupar la casa que el de Plegamans habíales mandado edificar al lado mismo del hospital citado. Erigióse en él entonces un oratorio para la celebración de los divinos oficios; pero viendo en 1250 el rey D. Jaime I, que era insuficiente para contener el gran número de fieles que de ordinario á él concurría, y habiendo asimismo aumentado el número de religiosos, reedificó de nuevo casa y oratorio dándole mucha mayor magnitud, y obtuvo el santo fundador de la Merced licencia del Obispo de la diócesis para que fuera consagrada la nueva iglesia á la Santísima Virgen de las Mercedes y á la invicta protomártir barcelonesa Santa Eulalia, quedando entonces siempre abierta para el público.

Singulares distinciones y favores siguió dispensando el intrépido Conquistador á la mercenaria milicia, llegando á dar el título de *regios* sacerdotes á los religiosos encargados del culto y el dictado de *Real é Inclita* á la Orden y encomendando su defensa y conservación á los venerantes Concelleres.

Muerto D. Jaime I, los reyes que le sucedieron siguieron protegiéndola y prodigándole concesiones eximiéndola de derechos, donándole muchas rentas, cuantiosas dádivas, valiosas alhajas y sagradas reliquias.

También la condal ciudad ha hecho regalos de crecido valor, tanto á la Reina de las Mercedes como á su real é inclita Orden, habiendo en cambio logrado de María singulares favores y especiales gracias; cuéntase entre las más notables el haber cesado por su intercesión la contagiosa peste que en 1652 la diezaba, y que en 1687 fuesen aniquilados los innumerables ejércitos de langostas que habían infestado á Cataluña, desolando sus campos.

Entre los varios regalos hechos por la ciudad, cuéntase un gran trono de plata que desapareció en la guerra de la Independencia y un cetro de oro y un lirio de plata, que fué entregado procesionalmente á la Santísima Virgen el 16 de Julio de 1871 por la inmensa mayoría del pueblo barcelonés, sin distinción de clases ni partidos, en justo desagravio de las palabras que contra su pureza inmaculada se profirieron en las Cortes constituyentes españolas, en Abril de 1869 por uno ó dos diputados que, ambiciosos de lograr nombradía y popularidad, no vacilaron para alcanzarla en ultrajar con sus blasfemias los católicos sentimientos de la nación española, cuando no á la divina majestad de la Reina del cielo.

Igualmente en los días que estas líneas escribimos contribuye con sus donativos á restaurar y embellecer de rica manera su cámara angelical, habiendo también costado para la mayor gloria de María el reedificar en el lienzo de la pared que da á la calle Ancha, la notable y elegante fachada, honor de nuestras antiguas bellas artes que, desde mediados del siglo XII, servía de frontis al original y ex gentilicio templo de San Miguel Arcángel, que estaba edificado al lado de nuestra casa Consistorial y que la demoledora piqueta revolucionaria arrasó en Octubre de 1868, sin contemplación á las bellezas artísticas que contenía, á los recuerdos históricos que cerraba y á las protestas que Barcelona toda hiciera para impedir su derribo.

Fué ese antiquísimo templo parroquia hasta 1810, en que fué trasladada, junto con los beneficios de comunidad en ella fundados, á la iglesia de la Virgen Mercenaria, la que desde entonces toma el nombre de Nuestra Señora de las Mercedes, parroquia de San Miguel.

En 2 de Mayo de 1868, Su Santidad el venerable Pío IX, accediendo á las reiteradas súplicas del clero, nobleza, clases medias y proletarias de ésta proclamó á la Madre de las Mercedes por patrona del Obispado de Barcelona, siendo fiesta de precepto el día de su festividad. Ya el Papa Inocencio XI había también concedido el que se pudiese celebrar en toda España el Descenso de la Santísima Virgen á Barcino con rezo mayor; é Inocencio XII añadió que no solamente en España sino por todo el orbe católico se celebrase dicha fiesta con rito doble de precepto.

¹ Yacía su cuerpo en el monasterio de Poblet encerrado en bella urna de alabastro sobre la que se recostaban dos estatuas de la misma piedra, ricamente ataviada la una con las insignias reales y vestida la otra con la humilde cogulla de monje, cuando en 1835, Poblet, gracias á las revueltas de aquel año, quedó casi convertido en un montón de escombros y envueltas en ellos las cenizas de aquel gran rey, terror de los moros y honra y prezo de la monarquía aragonesa.

VII

Bellísima es la imagen de la Virgen de las Mercedes, que se venera en su propia iglesia. Es de tamaño natural, estando sentada sobre un trono de nubes y sosteniendo con una de sus manos el Niño Jesús, que se apoya en sus rodillas. La expresión, tanto de la Madre como del Hijo, no pueden ser más embeladoras: trigüeño es su rostro, afable su sonrisa y tranquilo su mirar.

Cuenta la tradición, que San Pedro Nolasco mandó labrar tres imágenes de María á otros tantos escultores, dando á cada uno de ellos detallada explicación del sagrado rostro de la Reina del cielo tal como lo pudo ver en la noche de su Descenso. A su debido tiempo fueron presentados al santo redentor las tres imágenes pedidas, escogiendo para su convento de Barcelona á la que más le pareció se le asemejaba, y destinando las otras dos á los que la Orden tenía en Tarragona y Vich, la que es la misma que hoy día en él veneramos. Su propio vestido está bien labrado, figurando ser de lana blanca, pues los holgados que de riquísimas telas lleva siempre son sobrepuestos á aquél.

Sobre este particular, el Rdo. P. Ferrer del Oratorio de San Felipe Neri, refiere lo siguiente en su patriótico diario, titulado: «Barcelona cautiva», que publicó concluida la guerra de la independencia, lo que exactamente copiamos:

«Noviembre de 1809. — Sábado 25.

«Cuanto ayer se vieron correr sobresaltados los franceses y poliones, tanto hoy se advierten conmovidos los barceloneses por la noticia que se ha divulgado, luego que se ha sabido lo ocurrido ayer en la Merced, al tiempo de tomar el inventario en el camarín de la Virgen. Esta novedad, muy notable por sus circunstancias, se ha vestido de mil modos: por lo mismo lo he querido averiguar á fondo por los que asistieron á tal acto, que pasó de esta manera:

«Habiendo tomado la comisión francesa inventario de cuanto había en el convento é iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, en cuya operación estuvieron desde el día 8, quisieron ayer cerrar la comisión con tomar también inventario de cuanto había en el camarín de la Virgen. Al intento el Padre Subprior, por disposición de los que lo tomaban, mandó un recado al P. Ignacio Prat, que es el religioso que cuida del camarín, para que concluidos los maitines estuviese en la sacristía. Cumplió el religioso, y á poco rato compareció D. Antonio Ferrater y demás socios, acompañados del mismo Prelado y del P. Narciso Gorgot, Procurador del convento. Dijo el Subprior al padre Ignacio:

—Estos señores vienen á hacerle á usted una visita.

—¿De dónde los ha venido á estos señores, contestó el P. Ignacio, tal humorada?

—No venimos por usted, replicó Ferrater, sino por nuestra Madre.

—¡Ah! contestó el religioso, nuestra Madre Santísima estima poco esta visita, y mucho menos el fin por que vienen ustedes.

Y con esto se partieron hacia el camarín.

Al llegar al primer descanso de la escalera, dijo Ferrater al mismo religioso:

—Padre, si nuestra Madre no quiere, nada haremos.

—Sr. D. Antonio, le contestó el P. Ignacio, muchas cosas no quiere la Virgen que los hombres las hacen.

Y diciéndole esto le puso la mano sobre el hombro izquierdo, y exclamó con la mayor energía:

—¡Y cómo pagarán ustedes tamaño atentado!

—Subieron, sin embargo, al camarín, en el cual habiendo entrado precipitadamente, fijaron luego la vista en los armarios con cristales, en los que estaban patentes muchas alhajas de la Virgen.

Pusieron papel y tintero sobre la mesa, dando principio al inventario por el retablo de mármoles exquisitos, siguiendo inmediatamente los damascos. En el interín se volvió Ferrater al P. Ignacio y le dijo:

—Desearíamos besar la mano á nuestra Santísima Madre.

—No tengo inconveniente, respondió el religioso.

Y con esto se adelantó Ferrater, quien al entrar en el camarín interior exclamó:

—Soberana Señora, si es de vuestro agrado, llegaremos á besaros la mano.

A lo que contestó dicho religioso:

—Ya puede usted acercarse sin recelo alguno, porque la Señora, como madre de amor y de misericordia, nada más quiere que almas para el cielo.

Y con esto se encaminó Ferrater á la grada:

—Vos, Señora..., dijo al subirla.

No habiendo podido continuar su deprecación, y

deshaciéndose en lágrimas, se vió precisado á salirse del camarín sin cumplir su deseo.

Subió inmediatamente el escribano Ubach, y experimentando igual conmoción y afecto, dijo:

—Ciertamente infunde respeto esta imagen.

Y se retiró llorando como Ferrater, pero sin salir del camarín dijo al P. Narciso Gorgot:

—Esta sagrada imagen roba los corazones, yo le prometo que haré cuanto pueda para que ustedes puedan continuar en su obsequio.

Como esto lo dijo llorando, hizo enternecer al Padre Narciso.

Acercóse el comisario francés exclamando:

—¡Qué temor y respeto causa esta santa imagen!

Y llenándose de una especie de temblor se retiró preocupado.

Llegó el alguacil Roca, pero al querer besar la mano de la Virgen salióse llorando, y como que le hubiese sucedido algún terrible fracaso, estaba tan enajenado y asustado que, saliéndose afuera, marchóse hasta los claustros para tomar el aire: fué preciso darle un poco de vino y hacerle oler vinagre, por estar casi desmayado. A Ferrater le encontraron en la escalera del camarín, leyendo en un libro, y al escribano Ubach paseándose llorando (aunque hacía el valiente) por uno de los corredores altos del convento. D. Antonio Cerdá y otro procurador que asistía, al observar tan extraordinario trastorno en sus compañeros, se marcharon dejando solo al Padre Ignacio Prat, quien después de haber colocado cada cosa en su lugar y cerrado la imagen, hizo pedazos el inventario principiado por Ubach.

Varias consideraciones hace el P. Ferrer al acabar de relatar este suceso, que resumiremos conviniendo con él que sólo una fuerza sobrenatural podía causar tanta uniformidad de miras en corazones tan indispuestos. Además ellos, los que al tomar el inventario de los demás efectos lo tomaron hasta de las escobas, vasos y otras naderías, no mandaron ni siquiera abrir ninguno de los ricos armarios y cajones que había en el camarín citado.

B. P.

LA EXPRESION EN LA MÚSICA

I



ARECE paradójico y es una triste realidad: la música, con ser la más vulgar, es decir, la más vulgarizada y conocida de las artes, es también la que menos se halla al alcance de las gentes del pueblo, la que más esquivada se muestra á sus rastreras miradas, y la que se mantiene oculta hasta para muchos que se precian de cultivarla. Es un error creer que el músico cumple los deberes que le impone su arte con sacar unos sonidos ritmados y uniformes. Precisamente no hay cosa que tanto se oponga á la índole libre de la música como el encerrarla en esas formas convencionales, que es ni más ni menos que atar á la vil materia y señalar límites á un sér alado, que sólo alienta con holgura en los inmensos espacios de la imaginación y la inteligencia. El ritmo uniforme y monótono del compás es un hallazgo ventajoso y hasta necesario si se quiere; pero sólo con necesidad fatal, en cuanto que por su medio se logra aunar en la música de muchas voces ó instrumentos los esfuerzos de los concertantes. Pero todas las formas artísticas sin la verdadera expresión harían de la música partes proporcionadas de un cuerpo sin vida: descubriríamos allí alguna hermosura, pero sería la hermosura de un cadáver, la belleza en su más fría representación. Sin ese molde sublime, la música, ó no sería el lenguaje, ó se reduciría á bien poco el caudal de sus términos. La razón es clara: en toda composición ha de palpar, presidir una idea, un recuerdo, una esperanza... Mientras, pues, no consigamos hacer resaltar y como infundir á los oyentes la idea ó sentimiento que preside y anima aquellos sonidos muertos, ó nada se expresará, ó se dirá siempre lo mismo; con lo cual dicho queda que no habremos conseguido el objeto de la música.

Con toda razón podemos, pues, decir que la expresión es vida y alma y alas con que se remonta la música á las más encumbradas regiones de la belleza.

Para evitar vacilaciones que pudieran ser obstáculo á la clara inteligencia de la cuestión que nos ocupa, expondremos antes en términos concisos su verdadero sentido, para lo cual distinguiremos en la música dos clases de expresión: aquella con que el autor nos ofrece sus composiciones al destinárlas al uso común, y aquella otra con que las revisten los ejecutantes, que es la que percibe nuestro oído.

Es quizá la principal, si no la única ventaja de la poesía sobre la música, que baste en aquella la expresión del autor, de tal suerte que puede cualquiera desde el oscuro rincón de una celda, apreciar todas las bellezas y defectos de una composición poética y pronunciar el fallo definitivo acerca de su mérito; admirar la profundidad y originalidad de los pensamientos, la naturalidad y propiedad de las frases y la gallardía de un verso sonoro y armonioso. Pero no sucede así en la música, efecto de su índole diferente. Una partitura musical es para los ojos letra muerta, y sólo muy imperfectamente y con riesgo de equivocarse se podrá alguna vez conjeturar, y nada más conjeturar, la belleza y mérito de una obra. Luego no hay duda de que la música necesita intérprete. Pues de esta interpretación ó expresión es de la que ahora tratamos, proponiéndonos en primer lugar demostrar su necesidad, dando después su verdadero concepto según nuestro parecer, para hablar últimamente de los medios de conseguirla. Todo ello se reducirá á unas cuantas reflexiones que cuanto de pobres y mal ordenadas tendrán de originales y personales, porque no tengo á mano, al darlas forma, libro ni artículo que trate materias de cerca ó de lejos relacionadas con la presente. Quizá servirán para hacer entrar dentro de sí á otros cuya pluma sería más autorizada en estas materias, y es para mí suficiente recompensa.

Es cosa digna de llamar la atención ese furor filarmónico con que todo el mundo se cree competente en los juicios que se refieren á la música.

Frecuentísimo es ver á gente de muy poca ó ninguna familiaridad con las musas, juzgar del mérito de una composición por solas las impresiones recibidas, y calificarla de mala si tal fué la impresión que les causó, sin atender para nada al modo como se ha ejecutado: cuando en realidad no hay más sino que se cumple en ellos á la letra lo de *quæcumque ignorant blasphemant*; y cuando, hablando con toda propiedad, podrían decir muchas veces que no han oído música, sino ciertos sonidos informes que al parecer tenían alguna trabazón entre sí, fachada sin edificio, cuerpo sin alma. Para mí es cosa fuera de duda: no sólo de todos los que sienten mal y hablan peor de la música; sino aun meramente de aquellos que no experimentan irresistible atracción hacia ella, se debe decir que, ó no la han oído, ó si la han oído, conservan de ella sólo muy tibios recuerdos. Y damos por cosa fácil el no haber oído música, no porque dudemos de que nadie viviendo en poblado haya podido sustraer sus oídos al efecto de una gaita, de una charanga atornadora ó de una orquesta de aficionados; sino en el sentido de que muchos no la han oído bien expresada, y están acostumbrados á no ver en ella más que la belleza insignificante del ritmo; razón por la cual estimarán tal vez de más valor una *galop* ó un *wals* que todas esas composiciones de ritmo indeciso y desigual, pero impregnadas de celestial dulzura.

Bien es cierto que muchos saben distinguir entre la buena ejecución y el mérito intrínseco de la obra; pero esto es que para unos tiene la música dos lenguajes, el del entendimiento y el del corazón, y á otros sólo habla al corazón. El que posea el arte de la música comprenderá y apreciará el valor de ciertos giros melódicos, de ciertas modulaciones conducidas sin esfuerzo, de ciertas cadencias armoniosas en toda regla; comprenderá la belleza, digamos externa y superficial de la unidad de un período, resultado de frases relacionadas entre sí, juntamente con la variedad que nace del giro distinto y nuevo de cada frase, que sin embargo, no destruya la mutua semejanza. Descubrirá allí murmullos de fuentes, cascadas que se desbordan, flores esparcidas, gorjeos aislados; se le representará pasajera y animación, estruendo y clamoreo de una batalla, etc., etc. Pero todo esto, en una pieza mal ó no bien ejecutada, sin la verdadera expresión y propio colorido, será para el más perspicaz é inteligente músico cúmulo de bellezas esparcidas, espectáculo de fuegos fatuos, breves ráfagas luminosas que nos deslumbran por un momento para dejarnos sumidos en más profunda oscuridad. Esta música, juzgada así por el entendimiento, causa sin duda alguna emoción, pero es la emoción que causa la hermosura fría y aparente, no los vivos transportes y el arrobamiento que produce la real y legítima hermosura. La música en sus relaciones con el entendimiento es el aspecto más pobre bajo el cual puede ser considerada, por la obvia razón de que es arte eminentemente afectivo, y sus medios de expresión nos llevan directamente al corazón, al paso que conducen dificultosamente al entendimiento.

Pues si la música es el arte afectivo por excelencia, y una vez privada de la expresión ó manifestación del sentimiento, queda reducida á mero cálculo ó sonidos combinados con arte é ingenio, que

sólo puede apreciar la inteligencia, ¿qué encantos ofrecerá tal música para el que no la goza ni comprende con el entendimiento, sino con el corazón? La respuesta está en la mente de todos.

No nos cansaremos de repetirlo: en la música vale tanto el expresarla bien como la misma inspiración. Por si á alguno pudiera desazonar esta tesis, sentada así en absoluto, explicaremos su verdadero sentido. La inspiración es primera en el orden de tiempo, naturaleza y dignidad; es el pensamiento alado, fulgurante, que fecundo como es, irradia de continuo sus fulgores; pero irrádialos allá en la mente del compositor, inundándola de claridad y como rodeándola de una atmósfera vaporosa, ideal, sublime. Pero esa inspiración, ese pensamiento, como en el lenguaje ordinario tiene por intérprete la palabra, de la música lo es el sonido, porque como no podemos del modo que los ángeles expresar nuestras ideas y sentimientos *per directionem mentis*, que dicen los teólogos, será preciso que la música llame en su ayuda al sonido, so pena de declarar mudos á todos los genios. El sonido es, pues, un elemento indispensable para la expresión musical. Los sonidos son comparables en algún sentido á los miembros del cuerpo: no es necesario el movimiento ó ejercicio de los miembros para que el alma piense y sienta de hecho; pero para nosotros la prueba más patente de la presencia ó ausencia del alma respecto de un cuerpo, es ver que funcionan los miembros de éste.

Mas como quiera que el sonido es por sí un elemento inerte, se necesita una mente que lo dirija conforme á las manifestaciones de la inspiración musical, así como, insistiendo en el símil indicado, no basta para la expresión de un afecto ó otro, que funcionen los miembros indistinta ó desordenadamente, si no van dirigidos por el alma conforme á nuestras nociones fisiológicas y á los afectos propios de las diversas pasiones. Luego la expresión es necesaria y principio informador de la belleza en toda obra musical. No es el todo ni la parte principal en música; pero es necesaria como la misma inspiración: lo que la palabra al pensamiento, lo que la creación á la mente creadora, lo que al alma el cuerpo que la envuelve.

Reduciendo ahora á términos concretos cuanto queda dicho, tenemos demostrada la necesidad de la expresión y de la verdadera expresión, y más que latentemente queda también declarado en qué fundamos y cuál es para nosotros la verdadera, ó lo que es igual, aquella ejecución tan propia y esmerada que nos descubra y beneficie esa mina rica de bellezas que encierra toda obra musical bien sentida, ya que no en su totalidad y en todo el esplendor con que se manifiesta en la mente creadora, que esto sería pedir imposibles, á lo menos con sus notas características, como reflejo fiel del sentimiento que presidió á su creación.

II

Queda, pues, sentada la tesis en los siguientes términos: «La verdadera expresión musical consiste en interpretar exacta y fielmente la intención y sentimientos que animaron al autor al componer.»

Expresión en el terreno de las ideas se entiende la manifestación de las mismas: tratándose pues de sentimientos, será la manifestación de éstos. Y si tanto será más expresivo el lenguaje cuanto con más viveza, colorido y propiedad se diga lo que se quiere, será también más expresivo el lenguaje del sentimiento y de la pasión cuando se describan con signos propios sus caracteres peculiares.

La música es un lenguaje: el medio de expresión de ese lenguaje es el sonido: no correspondiendo á los sonidos musicales por sí idea ó sentimiento alguno determinado, habrá que obtenerlo mediante las modificaciones del mismo sonido por inflexiones y acentos, intervalos, cadencias, etc. Pero ni estas inflexiones y acentos, ni los demás recursos constituyen por sí la expresión; porque si los distribuimos á bulto y sin norte ni objeto, será peor el remedio que la enfermedad; y fuera mil veces preferible dejar la pieza musical en su desnuda sencillez, que el revestirla con ropaje tan pomposo y postizo. Es, pues, preciso que la hermosura de esos atavíos sea natural, nacida del fondo mismo de las cosas, representación genuina del sentimiento que le dió el ser y del cual es forma.

Es cosa averiguada y que nos dicta la misma experiencia, que el hombre, al oír una composición musical, no se pára simplemente en los sonidos que hieren el órgano auditivo, ó digamos, no se contenta con meras sensaciones, sino que busca allí siempre un recuerdo, una idea que despierten en su alma algún sentimiento ó afecto. Y decimos que necesita buscar un recuerdo ó una idea, porque para sentir tal ó cual pasión ó afecto que palpita en la música, se necesita antes comprender la relación ó corres-

pondencia entre los sonidos y las notas características del afecto ó sentimiento que por ellos se quiere expresar. Así, por ejemplo, para que *El Páramo* de Gottschaldt, uno de los compositores descriptivos más notables, nos inspire los sentimientos de la desierta soledad de *La Sabana*, necesitamos relacionar la idea de una llanura inmensa y estéril con el aire pausado de aquella composición desprovista de todo floreó, con acompañamiento lento y monótono, que se anima después cual si tras penoso viaje por el desierto llegásemos á aspirar las auras regeneradoras de un oasis. Y si demás de esto llegamos á relacionar la tristeza é inmensidad del desierto con el tinte melancólico de la melodía, es claro que la ilusión será más completa. Quizá el gozar más ó menos de una música no consiste sino en hallar mayor ó menor número de estas relaciones; pues es cosa evidente que el que de más lados ve una cosa bella, siente más placer en contemplarla.

Pues si en toda composición buscamos ese recuerdo, ese sentimiento latente, como ese sentimiento en toda obra inspirada tiene que ser el que el autor quiso infundir á los sonidos, para hallar aquél, primero tenemos que penetrar la intención y sentimientos del genio creador.

III

Dado ese concepto tan obvio y sencillo de la expresión musical, fácil es colegir cuáles han de ser los medios más adecuados para conseguirla. Lo primero que se requiere para una expresión adecuada es sentir con el mismo autor; ó en otras palabras, el mejor, el único digno intérprete de un genio es otro genio. No todo es arbitrario en la combinación de sonidos musicales; porque hay ciertos giros, ciertas cadencias que, sea por convencionalismo ó por secreta simpatía con alguna de esas íntimas fibras de nuestra alma, como decía San Agustín, tienen significación particular, de la cual saben los grandes compositores sacar buen partido empleando instintivamente aquellas cadencias y aquellos giros que son los más propios para expresar un sentimiento. Los que carecen de esa vista interior llamada buen gusto, ó sea la generalidad, no penetrarán ese secreto sentido, efecto del desnivel ó desproporción manifiesta entre su modo de sentir y el de aquellos genios. Lo cual es aplicable, no sólo al *profano vulgo*, sino á los mismos músicos á quienes se puede conceder el buen gusto, los cuales podrán comprender el sentimiento dominante de una composición, y más ó menos bellezas parciales, según el grado de perfección de su gusto; mas eso de seguir al genio en cada nota, en cada exclamación, en cada gemido, está reservado tan sólo á los intérpretes de primer orden. Dése nos, pues, un artista favorecido del cielo con aquella divina centella del genio musical: como que hay correspondencia perfecta entre los sentimientos del compositor y del intérprete, acentuará éste los sonidos que en intención del compositor deben acentuarse, guardará el apasionamiento para ciertos pasos en que hierve la pasión, desplegará la energía y virilidad en los que lo requieran, y así de los demás afectos. Pero no es esto sólo: como quiera que de lo material á lo inmaterial hay siempre infinita distancia, los sonidos materiales con que nos es preciso entendernos, nunca reproducirán aquel hábito divino, aquella música ideal que bulle en la fantasía. La gente vulgar y de poco vuelo tomará como del genio lo que le dice la letra muerta de los sonidos musicales; pero el hombre de ingenio traspasará el vil molde en que se vació aquel metal precioso, se remontará á otras alturas para identificarse con el autor, conocerá los sentimientos de que aquél se vió animado, y como en su propio modo de sentir ve un reflejo del modo de sentir del otro, nos dará la verdadera y fiel expresión tal como se ha explicado al definirla, como si él mismo fuese el compositor y compusiera en el acto.

Si esta verdad requiriese más detenida demostración, sería la más contundente el reflexionar un poco sobre la experiencia cotidiana. ¿Cuántas veces no sucede que al oír bien interpretada por algún artista de primer orden una composición que se ha oído antes ejecutada por medianías, apenas valen todos los esfuerzos de la memoria para reconocer como una misma é idéntica tal pieza musical? ó á lo menos ¿qué diferencia de sentimientos del uno al otro caso...! ¿Dónde estaba, qué pliegues encubrían, cuando la mala y aunque sea regular interpretación, aquella soberana belleza que ahora encanta, transporta y entusiasma al auditorio? ¿Qué velo ocultaba antes aquella claridad que todo lo inunda, esas ondas perfumadas que se respiran, esas cascadas, esos murmullos apacibles como de fuentes, y las frescas brisas, y la soledad tranquila y el reposado vaivén de las olas, todos esos encantos poéticos que vienen á acumularse idealizados en el pequeño mundo de nuestro corazón al oír una bella pieza musical

bien ejecutada ó expresada, y que la anegan en dulzura y vaga melancolía, en nada comparables á todos los tesoros de la tierra? ¿Qué faltaba para que todo esto se nos descubriese? Haydn, Beethoven, Chopin y todos los demás genios trasladaron sus ricas inspiraciones al papel del modo que pudieron y como es dable hacerlo. Ese papel, esas notas escritas están á la vista de cualquiera, son lenguaje común para todo el mundo: luego faltaba un genio, faltaba, ó la misma alma de esos genios expresando sus producciones, ó otra alma que identificándose con la de aquéllos interpretase los sentimientos latentes en esos signos muertos de la música: faltaba mostrar al auditorio, á modo de decir, el alma de aquellos compositores, palpitando como en los momentos mismos de efervescencia en que compusieron la obra que se quiere *exhibir* al público; tocando al mismo tiempo otro resorte para despertar y abrir en los oyentes la vista interior con que se ven tales cosas. Puesta la causa en buenas condiciones, los efectos han de ser proporcionados.

Pero como nada hay en este mundo que al mismo tiempo que puntos de contacto no tenga interrupciones del continuo, y es indiscutible y práctico que todo en él puede considerarse bajo más de un aspecto, no será fuera de razón que distingamos también de genios.

Siendo propio de esos seres privilegiados el expresar con viveza y espontaneidad, lo es también el sentir con espontaneidad y vehemencia. Mas como quiera que hay sentimientos y pasiones que dominan y prevalecen sobre los demás (diferencia originada del temperamento y condiciones naturales del individuo, y no pocas veces debida á circunstancias, externas de infortunios, desengaños ó prosperidades), nace de aquí el ser generalmente más aficionados á cierto género de música que á otro (lo cual explicamos en otro lugar, fundados en la autoridad de N. P. San Agustín), y que muchos en tal género rayen á la altura incommensurable del artista extraordinario, y en cuál otros no pasen de medianías: todo lo cual se armoniza perfectamente con lo que en líneas anteriores queda dicho de la correspondencia mutua del sentimiento y la expresión. Esta doctrina, aplicable á los compositores y á los oyentes, lo es mucho más á los artistas *virtuosos*, como se dice en galiparla.

Fácil es de comprender ahora que puede darse un excelente intérprete de Chopin que lo sea sólo regular de Beethoven, un partidario acérrimo de Piccini, enemigo jurado de Gluck; tal artista que vea en la música de Bellini fiel reflejo de sus afectos tranquilos y tiernos, y odie las pasiones turbulentas y aventuras caballerescas retratadas en algunos ejemplares de la música *del porvenir*. Nada de esto envuelve en sí misterio alguno, y aun en el caso contrario, habría que doblar la cerviz á la fuerza irresistible de los hechos. Y si no, ¿qué significa que todo *virtuoso* tenga, así como sus arias favoritas, óperas de su predilección? Se dirá, y es cierto, que unas se acomodan mejor que otras á sus facultades vocales; pero de esto nada se puede concluir. Todo se reduciría á dar más voces, á cantar más alto ó más bajo; cuestión de mostrar la robustez, sonoridad y gallardía de su voz; pero el estro divino, el entusiasmo, el delirio que le inspiran ciertas cantatas, ¿de dónde nacen? No tienen otra causa sino que el sentimiento es siempre expansivo y tiende á desahogarse en su esfera, y es evidente que cada sentimiento tiene la propia. Así se explica que los cantos populares, en medio de su sencilla estructura, tengan para muchos (y en grado más ó menos remiso para todos) ese adorable encanto, nostálgica melancolía é inefable vaguedad que se dejan sentir con mayor fuerza en el ánimo á medida que prevalece más el amor al país donde se vió la luz primera, y donde oímos arrullar con tiernos cantares el sueño de nuestra inocencia.

Si aun se quieren más pruebas, hablen por nosotros Rubinstein, la Menter, Gayarre, Sarasate y todas las demás *notabilidades*; y ya que nosotros sólo juzgamos por lo que sabemos de oídas, por lo que nos dice la fe humana, decidan los afortunados que los han oído si, siendo como son verdaderamente genios é intérpretes de genios, Gottschaldt y Thalberg, Rubinstein y Listz, Sarasate y Gayarre, tienen todos un mismo repertorio, y si es vana palabrería de críticos decir que al uno le caracteriza la ternura y delicadeza, á otro la buena pulsación y la energía y virilidad con que expresa...; lo cual en último término quiere decir que serán el propio fuerte de un artista obras sentimentales, impregnadas de dulzura y melancolía, y el del otro las de más vida, entusiasmo y movimiento.

FR. EUSTOQUIO DE URIARTE,

Agustiniense.

(Se continuará.)



EN /CECHO. — (Acuarela de E. Girard.)

DE LA ANTIGÜEDAD DEL MUNDO Y DE LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE

MUCHAS veces se ha respondido ya victoriosamente á los ataques librados contra la historia de Moisés por la ciencia materialista y por la filosofía atea. Parece, pues, que debería tenerse por resuelta esta cuestión. Pero no se triunfa con tanta facilidad del error; porque demasiado sabemos que la razón es impotente contra la pasión. Batida en un punto, aparece luego en otro; y hay que renovar la lucha. Es la repetición de la hidra de Lerna; sería preciso cortarle á la vez sus diez cabezas.

Sin embargo, todos cuantos han hecho algún estudio, saben ya que todos los descubrimientos mo-

dernos en la geología, en la astronomía, en la etnografía, en el arte de descifrar las inscripciones, no han podido dar ningún mentís á uno sólo de los textos del libro inspirado. Muy al contrario, según confesión de los sabios más ilustres, cuanto más se adelanta en descubrimientos científicos, más se reconoce la verdad, la profundidad del historiador, que nos ha relatado el origen del mundo.

A pesar de esta confesión, podría decirse que no hemos adelantado un solo paso hace ya diez y ocho siglos, y la pretendida ciencia moderna viene á lanzarnos las mismas negaciones, las mismas injurias que hemos refutado cientos de veces. En nuestros colegios, en nuestras academias, y, lo que es más todavía, en las mismas asambleas nacionales, donde no debieran ocuparse de otra cosa que de rectificar los errores y de relevar la moralidad del pueblo, al mismo tiempo que sus intereses financieros y

su influencia política, se ha hecho de moda el profesar y defender el más abyecto materialismo. No quiere ya reconocerse el hombre como la obra del Sér eterno, del Omnipotente Criador de todas las cosas. Interesa mucho más, sin duda, reconocerse por descendiente de un mono ó de algún pez. ¡Esto da cierta nobleza á nuestra naturaleza!

El fin que se propone la ciencia, materializando de este modo la sociedad, está ya perfectamente conocido. Se trata de aniquilar la idea de toda idea moral, de la responsabilidad humana, de los castigos futuros y justificar así todas las pasiones. Los sabios pretenden hacerse los pastores de los pueblos, y en lugar del Evangelio y de los Sacramentos, de que se sirve el sacerdocio católico, ellos emplearán para realizar el progreso indefinido una ecuación algebraica ó un teorema de geometría.

La discusión, pues, sobre semejantes objetos tan



LA ESPOSA DEL PESCADOR. — (Cuadro de J. Sellés, premiado en la última Exposición de Nápoles.)

conocidos y tan completamente dilucidados es de verdad demasiado monótona, especialmente respecto de adversarios tan ignorantes ó de tan mala fe. No obstante, conviene volver á empuñar las armas del combate, ó más bien, no deberíamos dejarlas nunca. Semejantes á los israelitas que construían el templo, debemos tener la espada en una mano para rechazar á nuestros enemigos, y la pala en la otra para elevar en las almas el templo de Dios. Y supuesto que el error no cesa de emplear los mismos argumentos, aunque tan viejos y gastados, respondámosles con las mismas verdades, siempre nuevas.

La *Civiltà Cattolica*, á la que felizmente somos deudores de varios trozos de sus artículos, que de seguro son muy del gusto de nuestros lectores, se ocupa hace algún tiempo en refutar las aserciones del materialismo moderno acerca de la antigüedad del género humano. La ciencia emancipada del gremio de los creyentes se ha hecho materialista en todas partes, en Francia, en Italia, en Alemania, en España y hasta en América. Pero la Iglesia es la madre de todas las verdades, y en alejándose de ella, caminan á una rápida decadencia la filosofía, la ciencia, las artes, la política y la literatura. De la misma manera que á la caída del Imperio romano y de las invasiones de los bárbaros, conservó cuidadosamente en los claustros, con los antiguos manuscritos, la antorcha de las ciencias, hoy día es también fiel á su misión, procurando mantener las nociones que ella había formado con tanto trabajo.

La *Civiltà* en su número del 7 de Diciembre, para ir desembarazando el terreno, y preparar así con más claridad el campo de la discusión, se ocupó y estableció la diferencia que había entre la antigüedad del mundo y la del hombre. Estas dos cuestiones, que se confunden muchas veces, son, sin embargo, cuestiones muy distintas.

Vamos, pues, á analizar, según acostumbramos hacerlo, el artículo de *La Civiltà*, dejándole todo el mérito de la tesis:

Media alguna pequeña diferencia entre los católicos y los protestantes, que admiten la inspiración divina de la Biblia, respecto del cómputo de años transcurridos desde la creación de Adán hasta nuestros días. En cuanto á la creación del mundo hay mucha diversidad de opiniones; los unos interpretan literalmente los días mosaicos, y dicen: que el mundo y lo que contiene fué creado en seis días naturales; los otros quieren que estos seis días sean otras tantas épocas de años indeterminados. Algunos pretenden que las criaturas fueron producidas ó creadas en cierta sucesión de tiempo, pero en un solo día; algunos, en fin, afirman que Dios lo creó todo á la vez, y que los días de que habla Moisés, no tienen una determinación cualquiera, sino que deben entenderse en un sentido espiritual ó alegórico.

Esta última suposición es la que defiende San Agustín. Dice el Santo que la palabra *dies*, día, tantas veces repetida, no significa un día real, ó cierto espacio de tiempo, sino el conocimiento que tuvieron los ángeles de sí mismos, y de las cosas creadas por Dios. Y lo mismo que las expresiones *Vespere et Mane*, que parece dividen sus días, indican los dos actos, ó los dos modos del conocimiento de los ángeles. Estas inteligencias conocieron las obras de Dios por medio de las especies que ellas tienen naturalmente de estas obras; y ese medio consiste en el conocimiento de las criaturas en sí mismo, y él le llama conocimiento de la *tarde*; el otro conocimiento que tienen los ángeles de la creación, y que se llama el conocimiento de *día*, les viene de una luz sobrenatural en el Verbo de Dios; es decir, en la razón eterna, en el arte increado. Estos dos conocimientos no formaron sino uno sólo, y por consiguiente se verificaron en un solo día; sin embargo, como este conocimiento tuvo seis grados, se puede decir que se verificó en seis días. Moisés dice al principio que Dios creó el mundo en seis días, y después dice, en forma de epílogo, que Dios creó todo en un solo día. (*De Civitate Dei*, lib. XI, capítulo VII.)

El alemán Kurtz abraza la hipótesis de San Agustín, y la defiende con empeño. (*Bibulum Astronomiae*.) Pero esta hipótesis ha encontrado pocos partidarios, y, como se expresa Suárez, está rodeada de tanta oscuridad y sutileza, que apenas aparece verosímil.

San Agustín mismo declara que es muy difícil saber de qué días habla Moisés.

Quo dies cujusmodi sint, aut perdifficile nobis, aut etiam impossibile cogitare, quanto magis dicere.

No presume, pues, el santo haber desatado el nudo de la cuestión; solamente ha intentado dar una solución, dejando á otros más hábiles el cuidado de hallar otra explicación más conforme á la Santa Escritura.

Los teólogos escolásticos convienen casi todos en tomar los días de la creación por días naturales, es decir, por el espacio de tiempo comprendido en el movimiento de la tierra al rededor de su eje. Parece, sin embargo, al examinar sus textos que no todos admiten el espacio de veinticuatro horas. Suponen que la creación fué obra de un instante y que se desarrolló en una sucesión de seis tiempos.

Añadamos, que ningún teólogo ha pretendido jamás que su interpretación perteneciera á la fe ó á la doctrina católica. Y no podía ser de otra manera; porque todos los teólogos católicos siguen á Santo Tomás, lumbrera de la Teología. El Ángel, pues, de las Escuelas declara, que ni la opinión de San Agustín, ni la más común de los Santos Padres, respecto de los seis días, era contraria á la fe. *Neutra à veritate fidei discordat.* (*De potentia Dei* q. IV, a. 11.) El no se adhiere á ninguna de esas opiniones, pero tampoco las impugna. Expone únicamente con imparcialidad las razones que cada una de ellas alega á su favor. La opinión de San Agustín le parece más sutil, y preserva mejor la Santa Escritura de la irrisión de los infieles. La segunda es más sencilla y más conforme á la letra del texto sagrado, *quantum ad superficiem consona*, palabras notables, porque á primera vista parece que abraza la hipótesis de los seis días; y queriendo sondearla, se descubren dificultades insuperables; en tal grado, que los defensores de la hipótesis de los seis días demuestran cuando más, que la creación se hizo en seis tiempos sucesivos, pero nunca llegan á probar que estos tiempos fueron días de veinticuatro horas. Durante toda la Edad Media y hasta fines del siglo XVII, estaba admitida en la generalidad la interpretación de los seis días naturales. Desde el siglo XVIII han surgido otras dos opiniones diferentes.

La primera la emitieron Clalmers y Bukland y esta opinión fué abrazada por el Cardenal Wiseman. He aquí en qué consiste: Dios, desde el principio, crió el cielo y la tierra; ésta la crió cubierta de plantas y de animales, y fué víctima de un cataclismo general. Este período de convulsiones puede extenderse indefinidamente, según las necesidades ó exigencias de la geología, para poder explicar las estratificaciones (las diversas capas) y los fósiles. Tal suponen es el estado que la Biblia da á la tierra cuando dice: *Terra autem erat inanis et vacua*. Después de esto, cuenta Moisés la creación que tuvo lugar en los seis tiempos siguientes, ó más bien en los seis días naturales. De este modo se supone poner de acuerdo la creación con la geología. Sin embargo, esta primera creación, mirada como una especie de ensayo, ó como un bosquejo del Dios omnipotente é infinitamente sabio no satisface completamente, porque Dios parecería asemejarse al obrero que destruye una obra imperfecta, para perfeccionarla mucho más.

La segunda opinión, mucho más admitida, se concilia igualmente con los últimos descubrimientos de la geología. La creación se comenzó y se acabó en seis épocas, llamadas días en el Génesis.

Pero estas dos opiniones, que tienden á conciliar la geología con la relación de Moisés, no pueden tener un fundamento más sólido que la ciencia, á que ellas favorecen. La geología, pues, lo mismo que las otras ciencias naturales, abraza dos distintas clases de nociones; la una de hechos bien conocidos sobre la estructura de nuestro globo; la segunda la teoría sacada de estos mismos hechos. Los primeros conocimientos debieran ser casi innumerables, y de un género muy variado, y con todo la experiencia prueba, que apenas se puede adquirir uno sólo, y esto después de mucho tiempo y á costa de grandes dificultades. Los geólogos del siglo último apenas habían hecho ningún descubrimiento serio, no publicaban sino vanas aserciones, y edificaban solamente fábulas fundadas en sus falsas teorías. Así es, que se levantaron todos los teólogos para combatirlos. Ya se saben las ridículas y pueriles explicaciones de Voltaire sobre el origen de las conchas encontradas en los montes.

Desde aquel tiempo la ciencia ha hecho verdaderamente maravillosos adelantos, porque se estudiaba sin ideas preconcebidas ó puramente arbitrarias, y siguiendo un sistema más racional. Para no citar sino muy pocos nombres, la Alemania produjo á Werner y Humboldt; la Suiza á Sarsure; la Rusia á Pallas; la Inglaterra á Bukland, y la Francia á Cuvier y Brongniart. Después de éstos no hemos hecho ningún importante descubrimiento, y según los datos actuales de la ciencia geológica, no se puede asegurar cual sistema es el más probable. Las conclusiones geológicas casi todas son dudosas, y especialmente en cuanto al tiempo transcurrido entre la creación del mundo, ó de la tierra, tal cual hoy se halla, y la del hombre, hay grandísima diferencia de opiniones.

Sentada de este modo la cuestión resulta, que la

sentencia favorable á los largos períodos no excede los límites de una mera probabilidad. Y jamás llegará á ser cierta, porque se funda en principios inciertos. Los teólogos, por su parte, no imaginan que Moisés haya querido darnos un curso de ciencia geológica; pero así y todo tratan de probar que los descubrimientos hechos hasta el día no son contrarios al sagrado texto.

San Agustín, después de haber manifestado su opinión, se hace esta pregunta: ¿Alguno habrá, sin duda, que me dirá: Tu prolija disertación es como una criba para pasar grano. Pero ¿dónde está este grano hermoso y limpio? ¿Para qué nos dejas en las mismas tinieblas? ¿Por qué no aceptas á lo menos uno de los sistemas que has declarado probables? A esto respondo: he sacado de mis estudios el dulce fruto de no hallarme ligado por la interpretación de este ó del otro, á no ser cuando se trata de responder según lo que la fe enseña á los que se complacen en calumniar las santas Escrituras, ó más bien en demostrar que todo lo que se afirma de las cosas naturales con la autoridad de diferentes argumentos en nada es contrario á estas mismas Escrituras: *Ut quidquid ipsi de natura verum veracibus documentis demonstrare potuerunt, ostendamus nostris litteris non esse contrarium.* (*De Gen. ad litteram*, lib. I, c. XXI.)

Para los que admiten la autoridad de la Biblia, aparece clarísimamente de la relación de Moisés que Dios ha creado de la nada todo cuanto existe, y que esta creación se ha verificado en seis días, ó en el espacio de seis días, y que Dios descansó en el séptimo. De aquí proviene el precepto impuesto expresamente al pueblo judío de santificar el sábado. Todas las obras salieron buenas de las manos de Dios y según el arquetipo divino (modelo). Sobre esto no hay controversia ninguna. ¿Pero hanse de admitir seis días naturales, ó seis épocas? Estas ya son cuestiones que se discuten libremente en las escuelas católicas. Y esto es lo que teníamos que decir sobre la antigüedad del mundo.

En cuanto á la antigüedad del hombre, es decir, en cuanto á fijar el tiempo transcurrido desde su aparición sobre la tierra, nosotros no podemos saberlo, sino por el medio del Génesis y de los otros libros de la Biblia, que contribuyen á corroborar su testimonio. Aun cuando se llegase á negar la inspiración divina en la composición de estos libros, sin embargo, no puede menos de admitirse que tienen una grande autoridad. Pero existe una diferencia muy grave entre los textos hebreos y samaritanos, y la versión griega acerca de este número de años. Además, al declarar que tal ó cual persona vivió tantos años, no se hace mención de las fracciones, lo cual puede á la larga ocasionar cierta diferencia de tiempo. El docto Petán dice que las opiniones tan variadas de los cronologistas se corroboran las unas á las otras.

¿Cuál sistema, pues, de cronología se deberá adoptar? Mgr. Meignan, Obispo de Chalons, en la obra sobre *El Mundo y el Hombre primitivo según la Biblia*, capítulo XIV, manifiesta su incertidumbre y su ansiedad con motivo de estas diferentes cronologías. Sin embargo él se inclina á favor de la versión de los Setenta, pero sin declararse definitivamente entre los tres sistemas. Han podido deslizarse algunos errores, á pesar de las más minuciosas precauciones, en el trabajo de los copistas. Los signos que expresan las cifras, es muy fácil equivocarlos. No hay duda que nuestro texto bíblico se ha conservado prodigiosamente con respecto á su antigüedad. Pero Dios ha podido permitir que con el tiempo sufriese algunas alteraciones de poca importancia.

¿Y qué diferencia hay de tiempo, según estas tres cronologías? Cerca de 1.200 años. La versión de los Setenta, según el Martirologio romano, cuenta desde Adán á Jesucristo 5.190 años; el texto hebreo y la Vulgata, 4.000 años; el texto samaritano se mantiene entre 5 y 4.000 años. Pero si se cuentan los años según los de los personajes que han vivido entre Adán y Jesucristo, la diferencia es mucho mayor. Panvini cuenta 6.311 y Buting solamente 3.968. De modo que los límites más extremos serían, en cifras redondas, entre 5.800 y 8.000.

No deja de ser peligroso para la veracidad de los hechos bíblicos querer alargar ó restringir demasiado este espacio de tiempo entre el primer hombre y el Salvador Nuestro Señor Jesucristo. San Agustín condenaba severamente en su tiempo á los que pretendían haber existido el Imperio asirio 5.000 años antes de Alejandro y daban miles de años al reino de Egipto. Porque esto, dice el santo, contradice á la verdad de la Biblia, la cual da 6.000 años entre la creación de Adán y la época en que vivimos. También decía el mismo San Agustín que no se pueden asignar límites ciertos entre la creación del mundo y la de Adán; aquí es donde él fija lími-

tes precisos, de donde no se puede separar, porque se fundan en el testimonio de los libros santos.

No queremos detenernos en hablar de las monologías fabulosas de los egipcios, de los asirios y de los chinos. Con respecto á los católicos, lo mismo que para los verdaderos sabios, la existencia del hombre sobre la tierra se remonta, poco más ó menos, á 6.000 años. En cuanto á la antigüedad de la creación del mundo, las opiniones varían indefinidamente sin faltar en nada á la fe. Todo lo cual prueba cuán grande es la diferencia entre estas dos cuestiones; antigüedad del mundo y antigüedad del hombre.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

LOS ALMOGÁVARES

LUEGO que el poderío de los godos quedó vencido á las márgenes del Guadalete, los restos fugitivos se corrieron hacia el Norte, para evadirse de la persecución con que les amenazaban los hijos de Mahoma. Mientras que los asturianos se fortificaban al mando de Pelayo en las gargantas de las montañas de Cantabria, algunos aragoneses refugiados en los Pirineos, y á quienes su misma debilidad servía de salvaguardia, inauguraban su independencia en el monte *Puño*, bajo la Peña que abrigaba la ermita de San Juan. Reducidos á un estrecho círculo, sin víveres, sin armas, sin recurso alguno, se vieron precisados á merodear sobre los países comarcados, y lanzándose desde las encumbradas crestas que les servían de abrigo, bajaban cual un torrente de lava, arrastrando en pos de sí cuanto encontraban.

Admirados los árabes de su rapacidad, salían á caza de ellos, cual si fuesen fieras, y les dieron el nombre de *almogávares*, que significa *soldados robadores*.

Poco después estos hombres tan feroces como valientes se fueron reuniendo bajo la conducta de algunos de los más esforzados, á quienes reconocían como jefes, aunque sin más regla ni disciplina que la que admitía su capricho, viviendo de sus depredaciones, más como fieras que no como hombres.

Su vestido era grosero, su aspecto horrible, sus costumbres desenfundadas. Una red de hierro á manera de casco cubría su cabeza, y dejaba asomar por debajo su desgreñada cabellera, que nunca cortaban, como buenos godos. Varias pieles sin curtir cubrían sus hercúleos miembros, y unas toscas abarcas les servían de calzado, dejando descubiertos brazo y pierna. No usaban ninguna arma defensiva, ni armaduras que entorpeciesen su carrera, de modo que se les veía lanzarse sobre su presa con la celeridad con que salta el tigre sobre la víctima que acecha, y desaparecer instantáneamente luego que un enemigo superior trataba de atacarlos. Sus armas únicas eran la espada y el venablo, y dos ó tres chuzos no muy largos, que disparaban con tal violencia que solían traspasar de parte á parte un hombre bien armado, como se cuenta de los antiguos escitas. Al entrar en acción golpeaban las espadas contra las piedras y arrastraban los chuzos por el suelo diciendo: *despierta, hierro*. Rara vez montaban á caballo, aun cuando lo tuviesen, y siempre combatían á pie.

Por lo demás, su habitación ordinaria era en las montañas y entre las breñas, y miraban con desprecio á los que poblaban las ciudades. Cuando alguno pretendía tomar partido con ellos, le imponían por obligación el no entrar por espacio de un año dentro de poblado, no dormir bajo de techo, ni desnudarse para dormir.

Así subsistió por largos años esta milicia, hasta que D. Alfonso el Batallador, conociendo la utilidad que de ella pudiera reportarse, logró por fin organizarla, y formó con ella la infantería ligera de su ejército. La caballería la constituían los ricos hombres con sus vasallos y escuderos montados, los infanzones y los caballeros de mesnada.

El primer hecho de armas que ejecutaron los almogávares después de su nueva organización fué la toma de *Castellar*, donde los dejó el Rey de guarnición para hostilizar desde allí á los moros de Zaragoza, como en efecto lo hicieron, arrasando todo hasta las márgenes del Ebro. Sirvióse también de ellos en la toma de las ciudades meridionales de Aragón, que rescató de los moros, y en las entradas que hizo por tierra de Soria y hasta la ciudad de León. El Sr. Escosura en su novela del *Conde de Candesquina*, que se refiere á esta época, supo sacar un gran partido de estas tropas en varias descripciones.

Siguieron bajo esta forma los almogávares hasta

el reinado de D. Pedro III el Grande en Aragón. Cuando este célebre monarca pasó á la conquista de Sicilia, llevó consigo 8.000 almogávares que hicieron prodigios de valor.

Una de sus más célebres hazañas fué cuando 5.000 de ellos pasaron en una noche á Calabria y degollaron todo el ejército francés, que con dobladas fuerzas estaba acuartelado en Catona, incluso el general Conde de Alenzón y 500 caballeros romanos que había enviado el Papa Martino en su ayuda.

Tres años después entró en Cataluña un ejército francés de más de 20.000 hombres con su rey á la cabeza para tomar posesión de la Corona de Aragón, que el Papa Martino IV, inexorable con D. Pedro, había dado al príncipe Carlos de Valois. Pero toda aquella furia se estrelló ante los muros de Gerona, guarnecidos por 2.500 almogávares y 130 caballos, que la defendieron más de dos meses, y salieron con las capitulaciones que quisieron poner. Los continuos rebatos del rey D. Pedro, que con un campo volante interceptaba á cada paso los víveres y las comunicaciones del francés, y la peste que atacó á su ejército, redujeron por fin al orgulloso invasor al extremo de pedir humildemente por mediación del rey de Navarra que se les permitiese salir del reino. He aquí la contestación que dió el rey, la cual por sí sola indica el carácter de los almogávares: «Decid á mi sobrino el rey de Navarra que por su amor y respeto concederé gustoso el seguro que me pide para la retirada de los franceses; pero que éste se entienda respecto á mis caballeros, porque nada puedo prometerle en cuanto á los almogávares, que ocupan lo alto de las sierras, que no me será fácil detener su ardor, ni en esto me querrán obedecer».

En efecto, á pesar de que D. Pedro con todo su ejército fué escoltando aquel convoy fúnebre de cien mil enfermos, que con un soplo pudiera destruir, no pudo estorbar que muchos franceses perecieran á manos de los almogávares, que recordaban los atroces asesinatos de los pocos que habían tenido la desgracia de caer prisioneros. El mismo rey pudo apenas arrancarles de las manos algunos que iban á inmolarse á su venganza, diciendo á los almogávares con tono halagüeño: «Os ruego hijos míos que tengáis de ellos misericordia, como Dios la tiene de nosotros».

Cuando el rey D. Jaime II el Justiciero hizo las paces y abdicó el reino de Sicilia, los almogávares y todos los demás aragoneses que había en este país sintieron tanto el abandono en que se dejaba á los buenos silicianos tan adictos á la casa de Aragón, que se aunaron con ellos para defender la independencia siliciánica. Por otra parte, los que había en Aragón llevaron tan á mal la conducta floja del rey D. Jaime, que muchos se desnaturalizaron y fueron á las órdenes de D. Blasco de Alagón y otros muchos ricos hombres y caballeros catalanes y aragoneses á ponerse al lado de los silicianos.

Horrible fué la batalla de Mesina, en que se batieron los reyes D. Jaime de Aragón y D. Fadrique, á quien los silicianos habían aclamado por rey. Ambos reyes eran hermanos y las galeras de una y otra parte enarbolaban el estandarte de las barras de Aragón; los valientes almogávares pelearon entonces por primera vez unos con otros y mancharon sus espadas con la sangre fraternal. La historia nos ha transmitido el hecho atroz de un caballero aragonés llamado Fernán Perez de Arve, capitán de almogávares al servicio de D. Fadrique, el cual habiendo recibido orden de D. Blasco de Alagón para que arriase el pendón de la capitana en señal de retirada, dejándose llevar de un acceso de furor tomó carrera y se estrelló la cabeza contra el palo mayor del navío por no cumplir aquella orden deshonrosa.

Durante esta guerra sucedió también aquella anécdota vulgar que refieren las historias contemporáneas. Habiendo cogido los franceses algunos almogávares de D. Fadrique los presentaron al rey Carlos de Nápoles su enemigo como una cosa rara, pues nunca habían visto aquella tropa. Al verlos exclamó Carlos con desprecio: «¿y son esos los soldados con que piensa ese aragonés hacerme la guerra?»

«Si tan viles somos (replicó uno de ellos con desenfado), haz que salga conmigo ó con cualquiera de nosotros el mejor caballero de tu ejército con todas sus armaduras.» Admirado de su arrogancia el rey Carlos, permitió que saliera con él uno de sus caballeros, que había pedido se le concediese castigar al jactancioso prisionero. Esperóle éste á pie firme en medio del palenque con su chuzo y espada; el francés se presentó á caballo y armado de todas piezas, pero antes que se pudiese acercar al peón, le traspasó éste el caballo con su chuzo y de un salto se puso sobre el caballero, que trataba de levantarse; ya iba á meterle la espada por debajo

de la gola, cuando le detuvo la voz del rey que le mandaba dejarlo, y los gritos de los maeses de campo que le proclamaban vencedor.

Al concluirse la guerra de Sicilia quedaron sin ocupación todos aquellos almogávares y caballeros aragoneses que habían seguido la causa de D. Fadrique. No pudiendo avenirse á vivir en paz, ofrecieron sus servicios al emperador Andrónico, que los recibió como *gentes venidas del cielo*, según se explica Nicéforo, escritor griego: ofrecióles pagas dobles de las que daba á todas las demás tropas que tenía á su sueldo; según aquella estipulación, correspondía á cada almogávar una onza de plata. A pesar del abandono en que D. Jaime los había dejado, estipularon también los almogávares que no llevarían más estandartes que el de Aragón y Sicilia. Entonces fué cuando un puñado de españoles llevaron á cabo aquel célebre hecho de armas conocido en la historia con el título de *Expedición de Levante*, que quizá no tiene igual.

Concluyóse esta célebre milicia en el reinado de D. Pedro el Ceremonioso, ó al menos desde entonces no se la ve figurar en la historia de Aragón. Por lo que hace á los que marcharon á la expedición de Levante, después de haber conquistado varios países, se apoderaron del ducado de Atenas, en el cual fijaron por fin su asiento. Permanecieron así por espacio de siglo y medio, hasta que habiendo degenerado sus descendientes del valor primitivo de sus padres, fueron vencidos por el célebre Mahomet II.

Tratóse de suscitar esta milicia en este siglo durante la guerra de la Independencia cuando el primer sitio de Zaragoza. Creóse en efecto un cuerpo de caballería que se vistió con mucho lujo y elegancia y, sin duda por antítesis, se tituló á sus jinetes almogávares. La idea fué tanto más peregrina si se atiende á que cada zaragozano era un verdadero almogávar, no sólo por su valor indomito é indisciplinado, sino hasta por la escualidez de sus vestidos y las privaciones que espontáneamente sufrían.

V. DE LA F.

¡SI YO TUVIERA MADRE...!

CUENTO

Á MI QUERIDO HERMANITO ÁLVARO.

III

SE me ha olvidado referirte, hermanito mío, un incidente ocurrido durante la función, por el cual tuvo nuestro buen Colín que salir de la iglesia con las orejas caídas y la cola entre las piernas. Pero no hay mal que por bien no venga: ahora podrás oír la narración de ese incidente de labios más autorizados.

Mientras nuestros personajes reciben en el locutorio de las monjas enhorabuenas sin cuento, de que participa llena de júbilo la madre Asunción, y toman un refresco á la salud de Serafina, y ajusta Angelito con el P. Plácido la cuenta de las *Salves* y de los confites, sigamos nosotros al pobre Colín; que no es de buenos amigos ni de buenos corazones abandonar á los desgraciados por seguir á los dichosos.

Mustio y cabizbajo iba camino de su casa Colín, filosofando acerca del suceso que le acababa de pasar. Llegaba ya á la puerta, cuando salió una gallina y le saludó muy cortésmente, pero tan embebido iba en sus negros pensamientos, que ni siquiera la oyó. La gallina, un poco enfadada de la descortesía, le dijo con cierto retintín:

— Amigo, ¿cómo se conoce que se codea usted con los amos, que no hace ya caso de los pobres de escalera abajo!

— ¿Qué decía usted, señora, digo, gallina? — preguntó Colín.

— ¡Hola...! ¡ya lo comprendo...! parece que viene usted con el rabo entre las piernas.

— ¿Y á usted qué le importa, tía picotera?

— ¡Cómo pone usted esa cara de perro!

— La misma que ayer, ¿estamos?

— Parece que viene usted hoy de hocico.

— Lo que le digo á usted es que tiene el pico muy largo.

— ¡Hombre, digo, perro... Qué malas pulgas trae usted!

— Lo que va tomando usted es muchas alas... y la culpa la tiene... en fin... calleemos.

— Gruña usted todo de una vez y no se trague nada.

— ¡Si fuéramos como usted, que todo lo cacarea!

— ¡Quién anda aquíiiii!... pues, pues, pueeeeee!

— gritó un gallo muy colorado de cresta, acudiendo en auxilio de la gallina.

— ¡Mire usted ahora con qué pata de gallo se sale ese! — dijo Colín.

— ¿Por quién lo dice usted? — preguntó el gallo alzando una pata y mirando de soslayo.

— Por usted, el de la boina encarnada lo digo; ¿qué hay con eso?

— ¿Cree usted que está tratando con algún pollito boquirrubio?

— Lo que le digo á usted es que haya poco pico y no me alce mucho el gallo, si no quiere que le haga bajar pronto la cresta.

— ¡A mí...! ¡Ja, ja, ja...! ¡Si tengo ya duros los espolones!

— ¡Tanta bulla, y si yo le enseño los dientes le hago poner carne de gallina!

— ¡Acá, acá, acá, acá! — chilló la gallina primera.

— ¿Qué, qué, qué, qué? — dijeron acudiendo todas las demás al rededor del gallo.

— ¡Bah...! ya se alborotó el gallinero! — dijo Colín.

— Quítese usted de ahí, que es usted lo más perro que ha nacido de madre — gritaron las gallinas.

— Y ustedes son toda su vida unas gallinas!

— ¡Animal!

Al oír este insulto, enseñó Colín los dientes, y gallo y gallinas se dispersaron gritando:

— ¡Socó... co... co... co... corro!

Rióse Colín de la cobardía de sus rivales, y se introdujo por la gatera, lo cual pudo hacer fácilmente por sus pequeñas dimensiones. Las gallinas, repuestas del susto al ver que no las seguía, se reunieron diciendo:

— No se puede tratar con esa gente de pelo en pecho.

Colín á su vez reflexionaba subiendo por la escalera:

— Está visto que no se puede hacer vida con la gente de pluma.

Muy enroscado y dormido sobre un escaño de la cocina estaba Furrufas á la llegada del perro. Ocurriósele á éste que era aquella excelente ocasión para vengarse de las injurias recibidas; pero rechazó con nobleza tan indigno pensamiento, y puesto de patitas en el escaño, tocó suavemente con la manita al gato para despertarle. Lo primero que hizo éste al despertar sobresaltado, fué clavar las uñas en el hocico de su compañero, esponjándose á la vez y diciéndole:

— ¡Fffu... era!

— ¡También tú, Furrufas! — exclamó angustiado Colín: — ¡Y yo que venía á consolarme contigo! Mira: he podido hacerte daño mientras dormías, y no he querido.

— ¡Fffuera! — grito más alto aun el gato.

— No seas cruel, Furrufas, oyeme

— Dí lo que quieras; pero ha de ser desde más allá.

— Corriente — dijo el perro acurrucándose encima de otro escaño. — Capitulemos.

— Capitulemos. Cuenta.

— ¡Si lo que á mí me pasa no le pasa á nadie, Furrufas...! Figúrate tú que se me ocurre ir esta tarde á las Flores para oír á la niña de casa.

— La misma falta hacías tú allí que los perros en misa — interrumpió Furrufas.

— No me riñas, que bastante he padecido ya. Pues, señor, entretenido en ladrar á un hereje que iba por la calle echando venablos después de insultar al P. Plácido, llegué un poco tarde á las Flores, y me costó un triunfo acercarme al banco donde estaban el amo y Angelito. Senté los reales calladito debajo del banco; pero eché de menos á la niña, y no paré de husmearlo todo hasta que la vi allá arriba, y allá me fui. Cuando ya iba á lamerle la mano, llega un demontre de chiquillo vestido de encarnado, y ¡paf! me sacude sin más contemplaciones con la caña con que encendía las luces. Dí un quejido, cosa muy natural, y me dirigí á tomarle el pulso en las pantorrillas, cuando vi que todos me decían: ¡tuso! ¡fuera!, y no tuve más remedio que encogerme de hombros y volverme á mi banco cantando bajito. Puedes figurarte el humor que allí tenía y la saliva que estaba tragando cada vez que veía al chiquillo de la sotana colorada; pero yo que veo á la niña subir las gradas, que parecía un ángel, tan linda, tan graciosa... vamos, te digo que todo se me pasó en un momento. Cuando la oí echar sus versos con aquella gracia y aquella sal que Dios le ha dado, mi entusiasmo rayó en delirio: no pude contenerme, y solté el grito diciendo con todas mis fuerzas:

— ¡Bravo...!

Ya ves tú que esto nada tiene tampoco de particular. Pues decirlo yo y oír de nuevo por todas partes: ¡tuso! ¡fuera!, y ver al chiquillo encarnado enarbolar la caña y dirigirse hacia mí, todo fué uno. Pero lo que más sentí es ver que el amo también

me despedía... apenas me atreví á mirarle; y al ver la cara que puso, se me angustió el corazón, y me vine acá á ver si hallaba siquiera un amigo que me compadeciese.

Furrufas le dijo gravemente:

— Te está bien, para que otra vez no te metas donde no te llaman, que siempre has de ser tú el perrito de todas bodas.

— Pero, Furrufas, ¡y el cariño á los amos!

— ¡Qué cariño ni qué calabazas! Eso es no entenderlo y no tener ni pizca de mundo.

— ¿Qué es lo que dices?

— ¡Ya me mataré yo por nadie...! ¡Tonto...! en este mundo no hay que atender más que á comer y dormir; á la hora de comer se hacen caricias: lo demás, si te he visto no me acuerdo.

— ¡Furrufas...! — exclamó Colín santiguándose escandalizado — por muy gato te tenía, pero no creí que lo fueras tanto.

— Déjate de quijotadas de cariños: á cuidar la piel, que es la hija... ¡Cariño á los amos...! Como si no nos hubieran atizado alguna vez con las tenazas...!

— Alto, Furrufas; eso no puede pasar: no se murmura de los amos en mi presencia. Si nos pegan, suyos somos, y en cambio, también nos acarician.

— ¡Bah...! siempre has sido y serás toda tu vida un zalamero.

— Y tú un ingrato.

— ¡Lameplatos!

— ¡Regañón...! ¡Malos pelos...!

— ¡Cara de perro!

— ¡Ojos de gato...!

Los dos amigos, ya convertidos en adversarios, se fueron acercando hasta mirarse frente á frente. Furrufas dió un salto inesperado, un salto de tigre, y se arrojó sobre Colín furioso, bufando, mordiéndole y arañándole.

— ¡Ay, ay, aaay! — exclamó dolorido Colín, mientras Furrufas huía y desaparecía por los desvanes.

— ¡Traidor — pensó después el perro — ¡Hum...! ¡hum...! ¡hum...! gente de pluma y gente de uñas... llámelo usted hache...!

A este tiempo oyó en la escalera los pasos de sus amos. Su primer pensamiento fué ocultarse hasta dejar pasar el chubasco, pero luego se determinó á resignarse á lo que viniera, y no dejar por eso de obsequiar á sus amos. Salíó pues á su encuentro muy humilde, echándose por tierra como reconociendo su culpa.

— ¡Ah bribón! — exclamó Antonio al verle.

— ¡Malo...! — pensó Colín para sus adentros.

Pero adelantándose Angelito y Serafina, empezaron á acariciarle, y él entonces reanimado, saltó y brincó y halagó y lamió como nunca, ladrando estas palabras:

— ¡Bien, chiquitos; que valéis más oro que pesáis...! ¡Bravo, Serafina...!

— Abuelita — dijo ésta al oído de la tía Meregilda, — ¿po qué no ha dejado mama el pelo largo á Angelito y le pone sayas?

— ¿Para qué, hija mía?

— ¡Toma! ¡Pa que sea niña y yeve rozitas á la Virgen!

Mientras la abuela se deshacía en exclamaciones y besos á la *crista*, como la llamaba, por su nueva ocurrencia, Andrea decía á Antonio:

— Siento un dolorcillo aquí en el costado.

— ¡Qué melindrosas sois las señoras mujeres!

— ¡Claro...! ¡si á ti te doliera...!

— ¡Cuidado, cuidado, que se va á morir!

— ¡Hijos de mi alma, qué sería de ellos! — exclamó Andrea.

CAPÍTULO III

¡SIN MADRE!

I

Pasó un año, y volvió la primavera, y con ella volvieron á brillar el sol y á murmurar el arroyo y á cantar los pájaros y á brotar las margaritas. Y salió Angel otra mañana á cogerlas para llevarlas á su Virgencita del Pilar. Esta vez iba solo y triste, y ni en su ropa ni en su cara, ni en su pelo rubio se advertía la limpieza y el esmero que el año anterior. Y también entonces se asomó al corredor una mujer rubia; pero lejos de sonreírse, le dijo con áspero acento:

— A almorzar, mocosito, que siempre hemos de esperar por ti. ¿Qué llevas ahí?

— Rositas.

— ¡Valiente porquería...! ¡Tíralas!

— Son para la Virgen.

— ¡Tira esa porquería! ¿Para qué quiere eso la Virgen?

Y como Angelito tardase en obedecer, gritó la mujer más alto:

— Tíralas, *mal mandado*, si no quieres que baje y te dé una vuelta de azotes.

Angelito obedeció, y mientras la mujer desaparecía del corredor, él subía la escalera llorando, con la cara oculta entre las manos, y diciendo:

— ¡Si viviera mi madre...!

Hizo un saludo á la estatuita de la Virgen, y se dirigió á la cocina, donde la mujer rubia, Antonio y la tía Meregilda se preparaban á almorzar. Entró con los ojos llorosos y se sentó junto á su abuela.

— ¡Bah! — dijo la mujer rubia — ya ha llorado el señorito... ¡Hija, qué mimado está el mocosito...! y todo porque no le ha dejado poner á la Virgen un puñado de margaritas que no eran más que basurita...! ¡Ya te quitaré yo los mimos, ya...!

— Pero mujer — exclamó Antonio — ¿qué te costaba el darle gusto?

— ¡Cómo no habías de ponerte tú contra mí!

— ¡Pero si todo lo que hace el chico te parece mal!

— Sacá, sacá la cara por él, sí, que es tan desgraciadito... Lo mismo que su abuela... Sí, sí, hágale usted caricias... ¡Zalamero, mimoso...! ¡Lástima de azotes...! Si no hubiera quien le mimara...!

— Hija, qué idea le tienes al chico! — exclamó la tía Meregilda, á quien iba lo anterior.

— Déjela usted, madre — dijo Antonio.

— Sí, si ya sé que aquí es mas el mocosito que yo... Si ya sé que entre tú y tu madre y él me quereis matar... ¡matar, vaya, matar! — exclamó de pronto la mujer rubia dejando la cuchara y limpiándose las lágrimas con el delantal.

— ¡Pero mujer...!

— Nada, que aquí todos van contra mí...! ¡Jesús...! ¡mujer más desgraciada...!

— Pero ¿quién te ha puesto eso en la cabeza, quién se mete contigo?

— Tú el primero, que no me puedes ver ni pintada.

— ¡Manuela...!

— Y no hay más... y después tu madre, y luego el chico, que todos queréis acoquinarme.

— ¡Hija, Manuela, te has empeñado en darnos mal rato...! — dijo llorando también la tía Meregilda.

— Peores me los dan á mí todos los días y me aguanto...! Ya estoy harta de tragar hieles, y si aquí se empeñan en que me muera, me moriré ¡bah! y les dejaré en paz.

Antonio, contra su costumbre, echó un taco, tiró la cuchara al suelo y se levantó.

— ¿Dónde vas, hijo? — preguntó la tía Meregilda.

— Me voy de aquí: ¿quién puede almorzar con esto? Gloria que comiera se me volvería solimán.

— Ven, hijo, no nos hagas pasar mal rato.

— Déjele usted que se vaya, que en otras partes se divierte más que aquí.

— Calla, Manuela, y no quieras que me desesperes.

— ¡Virgen Santísima, quién me mandó á mí venir á esta casa, que aquí significa más el perro que yo!

— Escucha, Manuela — dijo Antonio recobrando la calma y volviendo á sentarse, — aquí tú significas lo que debes significar: eres mi mujer y no mi esclava, como nos dijo el Sr. Cura cuando nos casó, y quien te diga que yo quiero tenerle humillada, quien te diga que yo no te quiero más que á mi alma, quien te diga que en otras partes gozo más que al lado de mi mujer, miente, Manuela, miente.

— Nadie necesita decirme lo que veo yo.

— ¿Pero qué es lo que ves, mujer, qué es lo que ves?

— ¿Qué es lo que veo? Que en todo lo que digo me habéis de contradecir, que no hago nada á tu gusto, que me aborreces, que no me puedes ver.

— ¡Manuela, por Dios, no me atormentes!

— Que os habéis empeñado en matarme, y os saldréis con ella.

Antonio no pudo resistir más: se levantó, y cerrando de golpe la puerta, dando un puntapié á Colín que se acercó á acariciarle, volvió á su taller y á su trabajo con una tempestad en el alma y el entrecejo sombrío. Poco más de cinco minutos llevaría trabajando, cuando vino á distraerle de sus dolorosos pensamientos una inesperada visita, anunciada por la desapacible armonía de un descomunal cencerro, y la no mucho más agradable de una voz aguardentosa que entre tacos y blasfemias gritaba:

— ¡Sóóó, muínoo...!

Casi al mismo tiempo, precedido de cuatro asnos cargados de harina, y montado al extremo, casi sobre la cola misma del quinto, se paraba delante del taller Juramentos, todo enharinado y con una larga vara de fresno atravesada en la faja por detrás. Ya en el capítulo anterior te he descrito la figura de Juramentos, y ahora debó añadirte que era el moli-

nero de la villa, y tenía su vivienda en el molino, situado no lejos del convento de la Concepción, á la orilla del río principal y en su confluencia con el arroyuelo de que antes te hablé, que al desembocar formaba una graciosa cascada. Juramentos había sido soldado, se las echaba á su manera de valentón *espíritu fuerte*, aunque todas sus valentías se reducían á blasfemar y echar muchos tacos, á emborracharse todos los domingos y algún día entre semana, y luego á insultar á cuantos veía, apalea á su pobre mujer y abofetear á su niño, criatura de tres años.

— ¿Qué vida, Antonio? — preguntó Juramentos.

— Ya lo ves: trabajando.

— Y dándote á los mismísimos demonios, si no miente la cara.

— ¡No, por cierto!

— ¡Me lo querrás negar á mí, y te lo estoy viendo en los ojos!

— No es nada: cosas de familia.

— ¿Y por eso te apuras...? Ahora mismo á echar conmigo un cuartillo, chico... El vino quita las penas, no hay que darle vueltas. A divertirse, Antonio, y que á los demás se los lleven cincuenta mil de á caballo.

— Déjame en paz, que no voy.

— ¡Eh... no seas tonto, hombre!

— Tengo que hacer.

— Ello se hará, que no todo ha de ser trabajar...

En este mundo, lo que comamos y bebamos, eso llevaremos por delante cuando estiremos la garra... Conque, vamos: no me hagas ese desprecio.

Tanto instó Juramentos, que al fin Antonio cedió y le acompañó á la taberna. Entretanto Manuela, la tía Meregilda y Angelito continuaban llorando silenciosamente en la cocina.

FR. CONRADO MUÑOZ SÁENZ.

(Se continuará.)

PROCEDIMIENTO PARA COMBATIR EL MILDIO

POR el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro ha sido aprobada la siguiente instrucción para combatir la terrible plaga de las viñas llamada *mildew* ó *mildiu*.

Para los terrenos en que se pueda disponer de agua, aconseja los dos procedimientos siguientes:

1.º *Mezcla de lechada de cal y de sulfato de cobre.* — Se vierte una carga de agua (120 litros) en una pipa aserrada por la mitad, en una portadera ó en un recipiente que no sea metálico, se toman luego 24 libras de cristales de sulfato de cobre (9,600 kilogramos) previamente triturados ó machacados con un mazo de madera, se colocan dentro de un cesto de mimbre ó en un saco que se sumerge durante algunas horas en las capas superiores del líquido hasta que los cristales se hayan disuelto. En otra portadera, vasija de barro ó metálica se colocan 45 libras (18 kilos) de cal grasa de primera calidad, sobre la que se echan 37 porrones (36 litros) de agua, formándose una lechada que debe agitarse con varillas ó bastoncitos de madera reunidos.

Una vez preparados los dos líquidos, se vierte poco á poco la lechada de cal en la portadera del sulfato de cobre, formándose entonces una papilla de hermoso azul claro, que se debe agitar constantemente, para que la mezcla sea homogénea.

Este líquido así obtenido es el que sirve para combatir el *mildiu*, aplicándolo del siguiente modo: Un operario sostiene con la mano izquierda una cuba ó recipiente de poco peso lleno de dicha mezcla, en la mano derecha lleva una brocha ó escobilla de brezo que moja en el líquido, agitándolo al propio tiempo para que no se forme depósito; el obrero anda hacia atrás para no mancharse, y con la escobilla rocía las hojas de las cepas, procurando en cuanto sea posible no manchar los racimos.

Este trabajo mejor que con escobillas se haría con un pulverizador, la distribución del líquido sería más perfecta y se ahorrarían muchos jornales.

La comisión del Instituto ha tomado medidas para poder ofrecer á los viticultores los principales modelos de aparatos premiados en el concurso internacional de Conegliano, si, como es probable, ha recibido de Italia para antes de la aparición del *mildiu* en Cataluña los citados pulverizadores.

Tanto el sulfato de cobre como la cal han de ser puros; conviene que no se aumenten las proporciones que hemos indicado, y que se maneje con precaución el sulfato de cobre, porque es sustancia venenosa.

2.º *Lechada de cal.* — Se toma una carga de agua (120 litros) y se apagan en ella unas 15 libras (6 kilos) de cal grasa, de superior calidad; se agita

como en la mezcla anterior, aplicándola del mismo modo.

Con objeto de que la mezcla de cal y cobre y la lechada de cal se adhieran más fuertemente á las hojas, se aconseja disolver un kilo y medio de cola fuerte en un litro de agua y añadir esta disolución á una carga de la mezcla cupro-cálcica, ó á una carga de lechada de cal, procurando agitar perfectamente toda la masa del líquido.

Estos tratamientos para que surtan todo su efecto han de ser preventivos, esto es, deben de efectuarse antes de la aparición del *mildiu*. En la provincia de Barcelona, si la última decena de Mayo va acompañada de persistentes lluvias, el *mildiu* aparece desde la primera quincena de Junio; lo mismo sucede en varias comarcas de las provincias de Tarragona, Lérida y Gerona. De consiguiente, para asegurar el éxito del tratamiento, aconsejamos á los viticultores apliquen la mezcla de cal y sulfato de cobre ó la lechada de cal sola, de manera que sobre el 10 ó 15 de Junio tengan terminados los trabajos.

Si después de la aplicación del remedio sobrevinieran abundantes lluvias y las hojas quedaran del todo lavadas, es preciso repetir el tratamiento sin pérdida de tiempo en aquellos viñedos que hubiesen quedado completamente desprovistos de las sustancias que se les había aplicado.

Mientras las hojas conserven manchas de lechada de cal ó de mezcla cúprica, el *mildiu* no se desarrollará.

En muchos viñedos no es posible contar con agua para efectuar estos tratamientos, en cuyo caso podemos aplicar algunos de los remedios siguientes, en forma de polvo:

1.º *Mezcla Potechard.* — Se disuelven en una portadera ó vasija de barro 50 libras (20 kilos) de cristales de sulfato de cobre en 125 libras (50 kilos) de agua caliente: cuando la disolución está enfriada se vierte lentamente sobre 250 libras (100 kilos) de cal grasa desmenuzada al aire, colocada en el suelo y rodeada por un caballete formado de 37 y media libras (15 kilos) de cenizas de leña no lejivadas; de este modo el líquido no se desparrama. Después de veinticuatro horas se añaden á la mezcla 25 libras (10 kilos) de azufre en polvo, removiendo el conjunto de modo que forme un todo homogéneo. El polvo así obtenido se tamiza y se aplica por medio de fuelles ó salvaderas como el azufre contra el oidio.

2.º *Polvos de cal y sulfato de cobre.* — *Polvos Millardet.* — En un vaso ó recipiente cualquiera, ó sobre el mismo suelo, se coloca la cal grasa en polvo, desmenuzada al aire sin ser apagada; en otro recipiente de madera se echa agua, en cuyas capas superiores se suspende una muñeca ó bolsilla de tela, ó un cestito de mimbre que contenga la quinta parte del peso del agua empleada, de cristales de sulfato de cobre puro, hecho pedacitos. Cuando el sulfato de cobre esté disuelto, unas doce horas después de la inmersión se vierte poco á poco la disolución cúprica sobre la cal, se agita y remueve la mezcla hasta que adquiera la consistencia de una masa pastosa, semejante á la argamasa ó mortero de los albañiles. Se extiende luego al sol ó sobre un horno, y cuando esté completamente seca se reduce á polvo fino y se tamiza. Puede aplicarse, como el azufre, por medio de fuelles ó salvaderas. Una vez fabricada esta mezcla, conviene guardarla en un sitio seco para que no se aglomere.

3.º *Cal en polvo.* — Este sistema ha dado también buenos resultados en algunos países para combatir el *mildiu*. Se toma la cal viva y se deja desmenuzar al aire, sin apagarla con agua; con el polvo así obtenido se tratan los viñedos, distribuyéndolo por medio de fuelles ó salvaderas.

La aplicación de las sustancias pulverulentas ha de efectuarse después de la puesta del sol ó antes de su salida, con objeto de que las gotas de rocío y la mayor ó menor humedad de la atmósfera contribuyan á disolver las sustancias de que están formadas. Inmediatamente después de un tiempo lluvioso es época oportuna para verificar estas operaciones.

Los tratamientos han de ser preventivos y conviene repetirlos cuando las lluvias copiosas ó fuertes vientos hayan dejado los pámpanos desprovistos del polvo objeto de la aplicación.

La Comisión especial del Instituto, que se ha propuesto únicamente condensar en las menos líneas posibles los métodos aconsejados por la experiencia, está dispuesta á facilitar á nuestros viticultores cuantos datos y explicaciones necesiten, al objeto de que puedan aplicar con fruto en el año actual las mejores prácticas para destruir aquel terrible enemigo de la vid.

La Compañía de los caminos de hierro del Norte también ha publicado una instrucción para el empleo de una mezcla de sulfato de cobre y cal en las

proporciones de 100 litros de agua, 8 kilogramos de sulfato de cobre y 15 kilogramos de cal diluida en 3 litros de agua. Este líquido resulta de un color azul pardusco, opaco y algo espeso. Para rociar con él las cepas se echa en botes que tengan asa, para que puedan llevarse mejor por los obreros y se sumergen en él unas escobillas de brezo ó retama de 20 centímetros de largo, procurando no sacar una cantidad excesiva de líquido, que se gastaría inútilmente. La operación se practica sacudiendo las escobillas á derecha é izquierda sobre las hojas, siguiendo hacia atrás las hileras de cepas para no mancharse. Las aspersiones no deben limitarse á las hojas solamente, sino que deben extenderse al tronco, dando un golpecito seco para aumentar el número de gotas, pero cuidando mucho de no manchar los racimos.

El sulfato de cobre puede adquirirse en Barcelona en casa de los Sres. hijos de Vidal y Rivas, y cuesta á 50 pesetas los 100 kilogramos; la cal grasa se halla en casi todas partes á 6 pesetas los 100 kilos; resultando que en una hectárea que contenga unas 3.500 cepas, costará la aspersión lo siguiente:

| | Pesetas. |
|--|--------------|
| 15 kilogramos sulfato de cobre, á 0,54.... | 8,10 |
| 30 kilogramos cal grasa, á 0,06..... | 1,80 |
| Mano de obra..... | 12,00 |
| Total por hectárea..... | 21,90 |

En Francia se ha ensayado además otra sustancia que se conoce allí con el nombre de *sulfuro de charrée*, y aunque hasta ahora no se pueden presentar resultados que induzcan á preferir esta sustancia, vuelve á indicarse por algunos la conveniencia de su empleo para el tratamiento de las viñas atacadas del *mildiu*.

También se ha ensayado en Francia en un principio la aplicación del sulfato de cobre y la cal, no por aspersión, sino embarrando en dicha mezcla los rodrigones que soportan allí en muchos sitios los sarmientos de las viñas. Esto parece que ha producido buen efecto; pero ocurría el inconveniente de que con las aguas se caía de los rodrigones el sulfato y la cal y se hacía nula su acción sobre el *mildiu*. Sin embargo, nosotros creemos sería conveniente el volver sobre este procedimiento, haciéndolo más eficaz y generalizando su aplicación, lo cual se conseguiría, á nuestro entender, empleando en vez de rodrigones unas cuerdas que empapadas previamente en la mezcla de sulfato y de cal, pudieran irse arrollando fácilmente por los obreros á las cepas, sin exponerse, como sucede con el método de aspersión, á que la mezcla toque los racimos. Las cuerdas pudieran ser de cualquier clase, en trozos de un largo suficiente para dar un par de vueltas á la cepa, pudiéndose aprovechar cuerdas viejas de desecho. Fácilmente se comprende que si los rodrigones separados del tronco y relacionados con la viña sólo por el punto en que se apoya la rama han producido efecto, con mucho más motivo habrá de producirse con una cuerda arrollada al tronco y sujeta con un sencillo nudo. También tiene este procedimiento la ventaja de que, cuando se agote el efecto de la mezcla, se puede fácilmente renovar desliando la cuerda y volviéndola á empapar en la mezcla.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Quemaduras. — Para la curación de quemaduras de primer grado basta recubrir la parte lesionada con algodón en rama impregnado de acetato aluminico. Para accidentes de más consideración puede emplearse el aceite calcáreo, ó bien una pasta formada por

| | |
|--------------------------|------------|
| Blanco de España..... | 30 gramos. |
| Aceite..... | 30 — |
| Subacetato de plomo..... | 20 — |
| Iodoformo..... | 10 — |

Con esta preparación se recubre la herida, luego se rodea con algodón en rama y encima se aplica el vendaje.

Nuevo material incombustible. — Se toma arcilla plástica muy fina, tierra de hornaguera sin arena alguna y perfectamente reducida á polvo, y con 1 — 5 por 100 de amianto se mezcla todo bien, sometiendo la pasta á una fuerte presión.

De este modo se logra un material poroso, mal conductor del calor y que se deja cepillar, tornear, clavar y cortar como una madera cualquiera, con la particularidad notable de la incombustibili-

dad, que le recomienda naturalmente para multitud de usos de la vida.

Maíz para los carneros.—En Bonichen se ha hecho un experimento que prueba es perjudicial someter el maíz á la maceración en agua cuando se destine á alimento de carneros. Dos lotes, cada uno de diez carneros, se les sometió respectivamente á la alimentación por cabeza y día con 625 gramos de grano de maíz, seco en el uno é inflado en el agua para los del otro lote, empleándose para la maceración una pequeña cantidad de agua para que fuese toda absorbida y no perdiese el grano, por disolución, sales y principios solubles; además, para completar el sustento de estos animales, recibían alimentos idénticos tanto en clase como en cantidad.

Al cabo de cuatro semanas de seguirse este régimen, se vió que el lote alimentado con maíz seco había aumentado cada cabeza tres kilogramos de peso, en relación con el lote que se nutría con maíz humedecido; después de otras cuatro semanas, la proporción había aumentado hasta 5,5 kilogramos en favor del primer lote.

La causa se atribuye á que el maíz seco y duro es retenido más tiempo en la boca del animal, que lo mastica con más perfección y se impregna mejor de saliva que transforma el almidón en azúcar, haciéndolo más asimilable y nutritivo; mientras que, por el contrario, el maíz humedecido no es digerido completamente y no se aprovechan para la nutrición todos los principios que contiene.

Peso del carbón.—Conviene en algunas ocasiones saber el peso del carbón con relación á su volumen, que es el siguiente para las especies que se citan.

Un metro cúbico de carbón pesa:

| | |
|----------------------|-----------------|
| De roble y haya..... | 250 kilogramos. |
| De abedul..... | 225 — |
| De pino..... | 200 — |
| De pinabete..... | 230 — |
| De castaño..... | 140 — |
| De alerce..... | 170 — |

Luces de Bengala.

Color rojo.

| | |
|-----------------------------|----------|
| Goma laca..... | 1 parte. |
| Nitrato de estronciana..... | 5 — |

Se mezclan y pulverizan.

| | |
|-----------------------------|----------|
| Goma laca..... | 1 parte. |
| Nitrato de estronciana..... | 4 — |
| Clorato de potasa..... | 1 — |

Se mezclan y pulverizan los dos primeros, y se añade el clorato.

| | |
|-----------------------------|-------------|
| Clorato de potasa..... | 1'5 partes. |
| Nitrato de estronciana..... | 18 — |
| Calomelanos..... | 1 — |
| Azufre..... | 6 — |

Color amarillo.

| | |
|-------------------------|-----------|
| Goma laca..... | 4 partes. |
| Nitrato de potasa..... | 1 — |
| Cloruro de potasio..... | 61 — |
| Azufre..... | 16 — |
| Sosa..... | 23 — |

Color verde.

| | |
|------------------------|-----------|
| Nitrato de barita..... | 5 partes. |
| Goma laca..... | 1 — |
| Nitrato de barita..... | 1 — |
| Goma laca..... | 1 — |

Se pulveriza y se añade:

| | |
|------------------------|-------|
| Clorato de potasa..... | 2'5 — |
| Calomelanos..... | 1 — |

Color azul.

| | |
|--------------------------------|------------|
| Clorato de potasa..... | 60 partes. |
| Azufre..... | 16 — |
| Alumbre..... | 12 — |
| Carbonato de óxido de cobre... | 12 — |

Color violeta.

| | |
|------------------------|-----------|
| Clorato de potasa..... | 8 partes. |
| Azufre..... | 4 — |
| Autimonio..... | 1'5 — |



GRAN SEMINARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES, JUNTO Á NUEVA YORK, recientemente terminado.

| | |
|------------------------|-----|
| Nitrato de potasa..... | 2 — |
| Oxido de plomo..... | 2 — |

Color blanco.

| | |
|------------------------|------------|
| Nitrato de potasa..... | 60 partes. |
| Azufre..... | 21 — |
| Antimonio..... | 10 — |

Un medicamento contra la disenteria.—El doctor Talkenberg, médico militar ruso, ha presentado á la consideración de sus compañeros de Moscou una nueva medicina para combatir la disenteria, que á veces con caracteres verdaderamente epidémicos, hace grandes estragos en los ejércitos europeos cuando operan en climas cálidos.

Se trata de la *naftalina*, que al segundo día de propinarse al enfermo queda curado sin que, por regla general, sea preciso recurrir á otros medios terapéuticos indicados para el caso, como son el opio ó la ipecacuana.

No sólo el citado doctor había conseguido tan prodigiosos resultados, sino que también otro médico no menos notable confirma la bondad del medicamento que se preconiza, pues afirma el señor Karclín, que es el facultativo aludido, ser muy notables las curas verificadas en un regimiento en que experimentó el uso de la naftalina contra la enfermedad ya citada, y otro tanto asegura también el Dr. Kusmin, médico de un hospital en Moscou.

Desde luego se recomienda la naftalina en polvo mucho mejor que la cristalizada, y de todos modos es preciso que esté muy pura.

Por lo demás, he aquí la fórmula:

| | |
|---------------------------|--------------|
| Naftalina en polvo..... | 5,00 gramos. |
| Azúcar blanco en polvo... | — |
| Esencia de bergamota..... | 0,05 — |

Se mezcla bien y se divide en 20 dosis, que se tomarán prudencialmente, según aconseje el facultativo en cada caso particular.

La telefonía en su apogeo.—El triunfo de la telefonía sobre todos los demás sistemas de comunicarse dos individuos á cualquier distancia se aproxima. El célebre Rysselberghe, que tanto trabaja en tal

sentido y que es el autor del descubrimiento del teléfono y del telégrafo simultáneo sobre un mismo conductor, parece ser que viene haciendo repetidos ensayos en los Estados Unidos de la América del Norte, acerca de la trasmisión de la palabra á grandes distancias, habiendo conseguido sentar las siguientes proposiciones: con un conductor de cobre ó de otro metal que no sea susceptible de magnetizarse, como el hierro ó el bronce fosforoso por ejemplo, el alcance del teléfono es proporcional á la conductibilidad del alambre, y teniendo éste el diámetro conveniente, se puede trasmitir la voz humana directa á cualquier distancia de un punto á otro del globo terráqueo.

Al efecto, parece ser que habiendo montado dicho señor su aparato en comunicación con un alambre de la línea telegráfica de Chicago á Nueva York, que son de acero revestidos de cobre, alcanzando sólo 5 milímetros de diámetro, llegó á comunicarse á 3,250 kilómetros, aprovechando varias líneas, y por lo tanto, aumentando dicho diámetro se puede comunicar á mayor distancia hasta conversar un interlocutor con sus antípodas.

Así, pues, considerando que Bruselas se halla de Constantinopla á una distancia de 2.500 kilómetros próximamente, se concibe que la telefonía puede ya establecerse sin demora entre las principales capitales de cada continente, aun eligiendo las más lejanas unas de otras, como lo son aquellas cuya distancia está comprendida en el límite ensayado por

el Sr. Rysselberghe con alambres de escaso diámetro, según hemos consignado.

Por consiguiente, montando alambres de cobre con alma de acero, tan comunes en los Estados Unidos, y no de grandes dimensiones, pronto se llegarán á comunicar los hombres á viva voz desde el fondo de la Noruega al Cabo de Buena Esperanza, ó desde el Cabo de Hornos á las cataratas del Niágara, puntos los más apartados del viejo y nuevo mundo.

Sólo basta para ello que la iniciativa se manifieste por cualquier Gobierno y se establezca la red internacional que se necesita al efecto.

Producción aceitera.—Las causas que influyen en el rendimiento en aceite que da el fruto del olivo son, en opinión del Sr. Mingioli son las siguientes:

Localidad.—Las aceitunas cosechadas en sitios elevados son más ricas que las de los valles y llanuras; cuanto mayor sea la temperatura media local, más elevada será la cantidad de aceite correspondiente á iguales cantidades de fruto.

Terrreno.—Los suelos calcáreos y ricos en fosfatos de potasa son los de mayor rendimiento para olivares.

Abonos.—Los de potasa, fósforo y nitrógeno son los preferibles.

Climatología.—El olivo requiere un clima cálido, perjudicándole los hielos, las lluvias y la sequedad.

Exposición.—La más recomendable es al Mediodía.

Poda.—Debe ejecutarse de un modo racional para obtener cosecha todos los años.

Variedades.—Deben elegirse en cada localidad las que la experiencia demuestre que son las más adecuadas al clima, que rindan aceite abundante, de buena clase, que fructifiquen con regularidad y el fruto tenga poco hueso y mucha pulpa.

Maduración.—La recolección de la aceituna debe efectuarse cuando esté madura, pues si pasa la época precisa se obtiene menos aceite del regular.